

Precio en Madrid, por un año. 40 rs.
Id. en provincia enviándose por el correo. 50.

Paris: librería española de Mellado, rue de Provence, núm. 42.
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.
Se suscribe en casa de los correspondientes del Establ. de Mellado.

SUMARIO.

ARTÍCULOS. Impresiones de un viaje a Inglaterra, por don Alejandro Magariños Cervantes.—Las queserías y la fabricación del queso en Suiza.—Una historia de bandidos, novela por Alejandro Dumas.—Reloj de Munster.
GRABADOS. Pastores que van á ordeñar las vacas.—Operación de coger la leche en la quesería.—Colocación de los quesos en el molde.—Mercado de quesos.—Reloj de Munster que indica las horas en las principales poblaciones del globo, con referencia al meridiano de Paris.

Impresiones de un viaje á Inglaterra.

I.

DOS PALABRAS.

Mucho se ha escrito sobre la Inglaterra, y no hay viajero medianamente habituado al manejo de la pluma, que al pisar el suelo de la Gran Bretaña no se haya creído obligado á decir su opinión sobre ella. La mayor parte de las veces, á la incompetencia suele añadirse la parcialidad, la ignorancia y la falta material de tiempo para examinar detenidamente y conocer á fondo las cosas de que se habla. Es defecto muy común en los *touristes* del día: el viaje de mi tocayo Dumas á España les sirve de bello ideal, porque en su género es una obra maestra ó *gefe* como ellos dicen.

Para que no se nos confunda con semejante familia, nos apresuramos á repetir lo que escribíamos en otra ocasión á propósito de Toledo cuando visitamos sus ruinas y famosos monumentos.

«Lo que te ofrezco, decíamos al lector, no será un artículo histórico, arqueológico ni erudito: será la página de un viajero que apunta en su libro de memorias las ideas buenas ó malas que se le ocurren al pasar por una ciudad, por un pueblo, por un sitio que le han preocupado y le preocupan fuertemente el ánimo; será una rápida y melancólica ojeada sobre aquello que mas ha herido su imaginación, conmovido su alma, y hecho vibrar alguna cuerda escondida de su pecho.»

«Lo que es verdaderamente bello, añadíamos en otro artículo ocupándonos del mismo asunto, lo que tiene en sí un mérito intrínseco y real, lo que la mano del tiempo ha santificado con el barniz de los siglos, produce en todos los que sienten y piensan el mismo efecto: les habla á todos en un mismo idioma: el idioma universal del sentimiento y el raciocinio. El hombre reflexiona, medita y compara, sufre ó se regocija, se exalta ó abate desde que tiene á la vista objetos que con mas ó menos vehemencia le preocupan fuertemente el ánimo, despiertan sus buenos ó malos instintos, y sacuden todas las fibras de su imaginación y de su alma.

«No pretendemos con esto rebajar en lo mas mínimo la importancia y necesidad de la historia y de los conocimientos especiales que se requieren para apreciar debidamente las obras del arte y los monumentos de la antigüedad, queremos solo señalar la enorme diferencia que existe entre la impresión aislada y el juicio científico, hijo del profundo conocimiento de las causas que engendran la primera. Son dos cosas distintas, que pueden existir y existen casi siempre separadas, sin perjuicio de completarse recíprocamente cuando se encuentran reunidas en un solo individuo.

«Felizmente pocos, muy pocos son los que pueden contarse en ese número, á menos que califiquemos de saber y erudición á la pretendida instrucción, vaga, anárquica y superficial ó enciclopédica, que parece ser uno de los rasgos característicos de nuestra época, y que en mas de un encopetado escritorzuelo, tan audaz como pedante, se reduce á repetir con distintas palabras, á traducir ó copiar servilmente lo que otros han dicho, bien ó mal, con razón ó sin ella.»

Cuando escribamos estas líneas, hace cuatro años, habíamos ido á Toledo por cuenta de un periódico de literatura, *La Semana*, que confiando en nuestra capacidad, mas que

nosotros mismos, nos había impuesto la delicada y comprometida tarea de escribirle media docena de artículos sobre la ciudad imperial y sus célebres ruinas: hoy sin ser tan grave nuestro compromiso, estamos por otros conceptos obligados á no declinarle: el director del *Universe* nos advierte que no admite excusas de ningún género. Fuerza, pues, no será intercalar aquí, á falta de otro asunto mas ameno, la narración fiel y sencilla de las impresiones recibidas durante nuestro último viaje en un país como Inglaterra.

Casi todas han sido consignadas en el papel tales como las experimentábamos. Ese es su mérito, si alguno tienen. Escritas á la ligera, sin premeditación ni pretensiones de ninguna clase, en el interior de un coche, sobre la cubierta de un buque de vapor, en el rincón de un wagon, encima de la imperial de un omnibus, y con mas frecuencia algunos minutos antes de acostarnos, es inútil añadir que al narrar estas fugitivas impresiones del momento, no hemos pensado en hacer un trabajo literario, ni pretendido encerrar en un artículo de periódico lo que no cabría en un abultado volumen, ni tenido en vista otro objeto que presentar bajo una forma agradable al lector americano algunas ligeras pinceladas y reflexiones dignas de fijar su atención. Nos lisonjamos que si las lee con detenimiento podrá acaso encontrar en ellas mas de una lección fecunda y provechosa.

II.

ENTRADA POR EL TÁMESIS.

Generalmente se va desde París á Londres, ó por Calais y Douvres ó por Boulogne y el Támesis.

Yo escogí para la ida el segundo camino y regresé por el primero.

A las doce de la noche me embarqué en el vapor con otros doscientos pasajeros, y á las cinco de la mañana nos encontramos en el Támesis, que se estiende como un canal desde la embocadura del Océano hasta las puertas de Londres.

El panorama de esta inmensa capital, visto desde el río y á medida que el paquebot corta las olas con la velocidad de una flecha, empieza á desarrollarse á los ojos del espectador desde que entra en el Támesis. El espectáculo encanta, sorprende, admira; el ánimo permanece algunos minutos suspenso y anonadado bajo el peso de tanta grandeza, actividad y movimiento.

Véase á derecha é izquierda las banderas de todas las naciones flameando en los mástiles de millares de buques; innumerables botes, lanchas y vapores pequeños cruzan el río en todas direcciones, se aproximan, toman ó descargan sus mercancías ó pasajeros, y pasan como un enjambre de pájaros marinos. No se nota el menor desorden, no hay el mas leve choque; parecen sobre el azul cristal de las aguas, los rayos de un disco luminoso que giran y se suceden alternativamente sin encontrarse.

III.

ASPECTO DE LONDRES.

Londres, digna rival de Nínive, la primera capital europea, la ciudad titánica de dos millones y medio de almas, el depósito del comercio del mundo, el punto de reunión y el asilo de todas las celebridades e infortunios de la tierra; Londres, la banca y el taller de la mitad del globo, se dilata de una orilla á otra del Támesis, magestuosa, imponente, sombría, arrebatada por el exceso de vida que rebosa en su seno, como la inspirada pitonisa sobre su tripode sagrada!

En vano un manto de niebla la envuelve como una nube misteriosa, que al disiparse, inundará el espacio de eléctricos resplandores: desde la cubierta del rápido bagel, yo contemplo y admiro sus palacios de mármol y granito, sus puentes gigantescos, las cúpulas y campanarios de sus iglesias, los millares de chimeneas, cuyos inflamados hornos alimentan

las fábricas que abastecen al mundo; sus *docks* monumentales, tendidos á las márgenes del río como el boa que aguarda su presa. Diviso en lontananza sus parques inmensurables y la multitud de edificios, de seres vivientes, de buques y carruages, que anuncian la existencia del pueblo mas rico, mas industrioso y potente de la tierra.

Luego, cuando la noche tiende sus alas y el viajero cruza sus dilatadísimas calles, iluminadas por la ardiente llama del gas, la vista de los magníficos edificios que las forman, de sus grandiosas plazas ó *squares* adornadas de árboles, la multitud de tiendas en las que están aglomerados todos los primores del arte y de la industria; los soberbios coches y caballos ricamente enjaezados; y las proporciones colosales, el lujo y magnificencia que deslumbran sus ojos do quiera que los vuelva, le hacen formar una alta idea del carácter, del genio y el poder del pueblo inglés. Por poco que levante su ánimo y establezca comparaciones, Londres le parece una ciudad de gigantes edificada por hombres, que si no tienen la elevada estatura de los héroes de la mitología, tienen el brazo, la mente y la audacia de los que osaron escalar el firmamento!

IV.

PARALELO.

El pueblo inglés y el francés se disputan la supremacía, y cada uno de ellos tiene la pretensión de *valer y poder* mas que el otro. Nadie es buen juez en propia causa.

Tengo para mí que cada uno vale por las cualidades que les son propias—cualidades que se equilibran mutuamente—y que por ellas, solo por ellas son en efecto los dos primeros pueblos de Europa, y marchan al frente de la civilización del mundo.

El pueblo inglés es positivo antes que todo: busca el fondo y desdén la forma; el francés, por el contrario, concede todo á la forma y muy poco ó nada al fondo. Descuella por la idea y su rival por la aplicación; así ha sucedido con la *exposición universal*, cuyo pensamiento primitivo nació en las riberas del Sena.—Rey del gusto, de la elegancia, de la política urbana ó social, indagador, misionero, artista, vibrando y dando acogida á todas las ideas nobles y generosas, el pueblo francés no tiene igual en ese terreno, como no lo tiene el inglés para las ciencias mecánicas, para las obras que exigen grandes gastos y esfuerzos casi sobrehumanos, como el *Túnel* por ejemplo; para perseverar en el buen camino, para practicar y aprovecharse con fruto de los principios, verdades y descubrimientos propios y ajenos; para organizar los elementos que posee y sacar de ellos la mejor utilidad posible, y en fin,—esto es amargo, pero exactísimo,—para no detenerse ante consideración alguna cuando se atraviesa el interés, el engrandecimiento ó la prosperidad de la Gran Bretaña.

El francés obra á la ligera, y hasta despues que ha obrado no se acuerda de reflexionar... cuando reflexiona; el inglés piensa primero y luego obra. Ligero como el perfume de sus esencias, ingenioso, pronto á entusiasmarse ó á abatirse, travieso, locuaz, gastador, amigo del ruido, del fausto y la variedad, el francés se deja arrebatar una tras otra todas sus libertades, hasta que llega un momento en que se fastidia—lo mismo de la libertad que de la tiranía—y arroja á sus ídolos por el balcón; el inglés camina y contempla los hombres y las cosas con la calma de la tortuga y la inflexible rigidez de un compás: en cuanto á ingenio y travesura, no hay mas que ver su trage habitual—siempre van vestidos de negro,—hasta en los bailes públicos. Gibraltar, Malta, el Cabo, la India, la Australia, etc., prueban si los desalientan los contrastes y si varían de resolución con la facilidad con que se mudan de camisa. Finalmente, el empeño con que mantienen en vigor todas sus antiguas leyes y costumbres—hasta aquellas que rayan en ridículas—como el permiso que tiene que pedir la reina para pasar por la puerta de *Temple-Bar* en la City; ó inmorales, como los que patrocinan la venta y lectura

de libros obscenos (1), patentizan si imitarían en política el ejemplo de los franceses, y se dejarían *embozalar* con igual resignación, aunque fuese de broma ó por *plaisanterie*, como me decía un joven escritor de gran talento á propósito de la proclamación del imperio.

Fundándose en estos antecedentes los ingleses llaman á los franceses manirotos, cabezas vacías, veletas, charlatanes y farsantes, y los franceses les contestan que carecen de nervios, que son un pueblo de mercaderes ó mercachifles (*bou-tiquiers*), todo cálculo, hierro y carbon, incapaces de apreciar ni sentir la belleza artística, sensibles solo al oro, y embrutecidos por la cerveza, el brandy (aguardiente), la carne medio cruda y el thé, en que se anegan á toda hora. Alguno ha llevado la hipérbole hasta el punto de llamar á París el salón del universo, y á Londres su cocina.

Sin embargo, Londres —es preciso ser justos— como ciudad vale dos París, y el cálculo, el hierro, el carbon, el culto del oro, la cerveza, el brandy y la carne medio cruda, no han impedido que la Inglaterra por sus recursos y medios de acción, sea hoy la primera potencia del globo, y cuente desparramados sobre la vasta superficie de sus dominios muy cerca de doscientos millones de habitantes!

Mas adelante, si nos queda espacio, diremos en breves palabras á qué precio se compra esta grandeza y prosperidad. Para encerrar en el reducido marco que nos hemos trazado todos nuestros *croquis* ó apuntes, tenemos que ser muy sobrios. De lo contrario escribiríamos un libro, y no queremos hacer mas que un artículo; pero es indudable que sin gran trabajo podrían escribirse tantos como divisiones ó períodos lleva el presente, y tan estensos y razonados como exigirían las graves cuestiones apenas bosquejadas en él.

V.

TRISTEZAS DEL POLO.

Cuentan los viajeros que á cierto grado de latitud, el sol desaparece completamente, y un alba crepuscular hace allí las veces de día.

Londres no está en el polo, pero gran parte del año nada tiene que envidiar á las regiones hiperbóreas. El sol se oculta vergonzado, sin duda de lo mal que cumple su oficio; cuando brilla parece un ascua de carbon de piedra entre cenizas; se le ha comparado también á una oblea colorada pegada en un papel azul. Dicen los ingleses que aquello es sol, y uno tiene que admitir esta paradoja nacional, so pena de pasar por *eccentric*, ó sostener una hipótesis *very shocking*, y ¡ay del desdichado á quien se califique en la Gran Bretaña de *eccentric* y *chocante*! Byron, el gran poeta, el genio mas grande del siglo XIX, tuvo que huir de sus compatriotas, escomulgado por ellos con el epíteto *eccentric*.

Concediendo, pues, que aquel escrupulo de sol fulgura como un espléndido fanal, es lo cierto que se ve por lo regular envuelto entre una atmósfera pálida y sombría, formada por la niebla y el humo que se escapa de las chimeneas de las casas, de los talleres y fábricas, de los buques de vapor y de los caminos de hierro.

Nada mas triste que Londres visto al través de esta mortaja fúnebre: las casas, alineadas simétricamente, están defendidas por una verja de hierro, y tienen el aspecto de sepulcros. La piedra de que están construidas reviste un colorido especial, ennegrecido por el humo y la acción del tiempo y de la lluvia seca y mojada (2). Un malestar indecible, una mortal tristeza se apodera del ánimo; entonces se explica el extranjero dos cosas que los pueblos meridionales no pueden comprender: la afición de los ingleses al suicidio y á los licores espirituosos. Hay ocasiones, en efecto, en que el aire es tan puro, tan vivificante el sol, tan risueña la naturaleza, que uno siente un irresistible impulso de emborracharse ó matarse, agobiado por el exceso del placer que experimenta.

Francamente, el clima de Londres es inhabitable: la luna de cualquier país meridional vale mas que su sol, como dijo un embajador napolitano á Carlos II; y si Maria Stuard cantaba al despedirse de Francia:

Adieu plaisant pays de France;

El americano, el español, el italiano y aun el francés, tienen derecho para decir en este concepto:

¡Adios, infernal país de Inglaterra!

VI.

EL DIOS MONEY.

Este clima tan detestable, es, sin embargo, uno de los títulos mas gloriosos de la Inglaterra.

Causa admiración y asombro ver los prodigios que ha realizado en una tierra tan inhospitalaria é ingrata.

Los árboles y las flores pululan en las casas particulares, en las plazas, en los parques y jardines públicos y privados, que no tienen rivales en el mundo.

Hyde-Park, *Zoological Garden*, y principalmente *Kew-Gardens*, á seis millas de Londres, contienen en sus vastos invernáculos los árboles, las plantas y flores mas raras y preciosas de todas las zonas. La flora tropical y la del Norte han derramado allí su perfumado canastillo... ¡Qué magnificencia, qué profusión, qué lujo asiático! La tierra abonada con libras esterlinas, regada con una lluvia de oro, se ostenta espléndida y lozana como si fuese un pedazo robado y traído del Eden americano. La imaginación se detiene confundida, calculando las sumas inmensas que han sido necesarias para comunicar á aquel suelo estéril su fuerza creadora, y reunir en un punto tan repulsivo y lejano cuantos primores atesora la naturaleza en toda la redondez de la tierra.

(1) En la calle de Holywell existen varias librerías donde se espandan toda clase de obras y pinturas inmorales, y no solo se venden, sino que se dan á leer ó se prestan á los jóvenes de ambos sexos, mediante cierto precio. A pesar de una sociedad formada para destruir este tráfico escandaloso, á pesar de las reclamaciones del clero y la prensa, la autoridad no se ha atrevido á perseguir judicialmente á los librerías. Tan grande es en aquel país el respeto á la libertad individual y á los fueros y leyes que, si alguna vez dan abrigo al mal, sirven tambien de base y fundamento á los mas bellos y nobles privilegios del hombre.

(2) Especie de nevada ó rocío formado por la humedad de la atmósfera y el hollín de las chimeneas.

Cada grano de polvo que uno pisa representa tal vez el valor de una guinea. ¡Qué extraño es, por lo tanto, que el pueblo inglés en vista de tales maravillas, realizadas solo á fuerza de voluntad y de dinero, tribute un culto tan universal al dios Money, y crea que la primera condicion de la *respectability* es la riqueza?... VII.

BOLSA HENCHIDA Y BRAZO FUERTE.

No puedo ni quiero detenerme en digresiones inútiles, ni en describir cosas que el lector curioso encontrará en el primer libro que quiera consultar. Escribo como viajero, al vapor. Los objetos y las ideas pasan delante de mis ojos como nubes, como fantasmas arrebatadas por el huracan. Una palabra, un guarismo, una comparacion me bastan para el fin que me propongo.

El rasgo característico de las obras, palacios, sitios públicos y diversiones de los ingleses es la grandeza, la exageración de la fuerza, y sobre todo, los capitales enormes invertidos en ellas.

Así el *Tunnel*, que atraviesa el Támesis por debajo como nadie ignora, sobre una estension de 1,500 pies desde el Middlesex al Surrey, ha costado mas de 5,000,000 de libras esterlinas, y resuelto un gran problema hidráulico para los ingenieros.

Waterloo-Bridge, ó el puente de Waterloo, que cuesta otro tanto, sorprende por la audacia de sus nueve arcos elípticos, y su estension de mas de 500 varas castellanas.

El *Colosseum* encierra una casa suiza, con montañas, cascadas, puentes, etc.; un panorama de Londres, una gruta de estaláctidas, ruinas artificiales, un jardín y otras preciosidades que deben haber costado millones.

No quiero hablar del *Vaux-hall*, donde he visto el incendio de una pagoda china, verdaderamente admirable; ni del gran globo, en *Leicester-Square*, que representa la tierra; ni de las vistas diorámicas de la Australia en *Regent-Street*; ni del gabinete de figuras de cera del tamaño natural, ó retratos de casi todos los personajes célebres del mundo; ni de otras mil curiosidades, cuya sola nomenclatura exigiria algunos centenares de líneas. Solo anotaré que todas, mas ó menos, revisten el carácter grandioso y esa magnificencia que únicamente están al alcance de una nacion tan rica y de una capital como Londres. En ninguna parte da mas en cara, ni se revela tan manifiesta, tan abrumante y fascinadora la fuerza omnipotente del dinero.

VIII.

UN PERIODIQUIN.

He dicho que todo reviste proporciones colosales, y añadiré á los anteriores un ejemplo en el orden intelectual bastante curioso. El *Times*, que es la primera máquina de publicación del mundo, publica diariamente 10,000 números mas que todos los periódicos juntos de Londres; cuenta diez ó doce redactores, cuyo sueldo fijo varia desde 10 hasta 20,000 duros anuales; otros para las cuestiones especiales perfectamente retribuidos; y mantiene y envia correspondientes á todos los puntos del globo donde se suscita una cuestion de importancia, política ó comercial, ocurre algun suceso raro, ó se hace algun descubrimiento digno de fijar la atención pública.

Yo he estado (como todo el que quiere) en la imprenta y en las oficinas del *Times*, y he salido de allí, no diré asustado, pero sí absorto y diciéndome en voz baja: ¡Oh poder omnipotente de la inteligencia y el dinero!

IX.

GUARISMOS INSIGNIFICANTES.

Esta magnificencia régia y acumulacion de riquezas, esta plétora de guineas que permite á los capitalistas y lores ingleses acometer y llevar á cabo las empresas mas gigantescas y satisfacer los caprichos mas onerosos, que á veces suelen degenerar en pueriles y ridiculos (1), resplandecen principalmente en todo lo que se refiere al comercio y la marina.

La Bolsa y el Banco de Londres son los primeros del mundo, y su puerto, que tampoco tiene rival, recibe anualmente de todos los puntos del globo sobre cuatro millones de fardos, cuyo valor aproximativo se calcula en unos 100.000,000 de pesos.

El número de buques de vapor que entran al puerto pasa de novecientos, y el de los de vela de la compañía de las Indias y de los particulares es tres veces superior por lo menos.

Mil doscientos aduaneros vigilan el desembarco y transporte de las mercaderías; y para trasbordarlas á otros buques ó distribuirlos en los *doks* (depósitos á la orilla de río), y en los almacenes de la ciudad gigante, se agitan desde que comienza el día hasta muy entrada la noche, cuatro mil mozos de cordel, quinientos botes y embarcaciones pequeñas, y mas de cuarenta mil carretas.

En estos números se encierra todo un poema comercial que hunde en un éxtasis divino á los economistas, y llena de admiración y arranca un aplauso involuntario hasta á los copleros y emborrionadores de papel como yo.

X.

POR QUÉ EL INGLÉS ES MARINERÓLOGO (2).

No en vano Dios rodeó á la Inglaterra con un cinto de olas. Ella vive, crece, duerme á su arrullo. El mar le comunica su brio; de él saca su poder y sus tesoros: él le abre camino á todas partes. Por eso el inglés donde quiera que encuentra una gota de agua, está en su elemento como el lobo marino, y dice con orgullo que su patria es el mar.

Muchas veces cruzando el Támesis sobre la cubierta de un *steam-boat*, he admirado esos magníficos *yachts* en que los

(1) El duque de Northumberland pretende poseer, no los mejores, pero si los cuadros mas caros, y fastidiado de no encontrar alguno que valiese un millon ó dos siquiera, ha hecho poner un lujoso marco á un *bank-note* de 400,000 libras esterlinas, y lo ha colocado en medio de las obras de los pintores y en el sitio mas visible de su salón.

(2) Traducción libre: lobo marino.

opulentos hijos de la Gran Bretaña se van de paseo por el mundo cuando el *spleen* los domina. Allí están reunidas todas las comodidades, todo el *confort* de la vida, y el displicente lord al travesar el Mediterráneo ó el Océano, puede creerse en su palacio de *Cavendish-Square* ó *Regent-park*.

Esta afición al líquido elemento y al corcel de espumosas crines, como llama Byron al buque, se comprende mejor en estos altivos insulares, cuando se recuerda que en él fundan su gloria y su fuerza y que teniendo escuadras, fortalezas y avanzadas en todos los mares, ¿á donde irán que no vean flamear la bandera inglesa?... XI.

XI.

LA ESCUADRA Ó LA COLA DE SPITHEAD.

Si, el poder de la Inglaterra estriba principalmente en sus murallas de madera (*Wooden Walls*) y ahí está la nueva escuadra ó *cola* de Spithead, mas elocuente que todas las frases y argumentos imaginables.

El día de la revista yo me encontraba allí, y la vista sola de los enormes hélices, el duque de Wellington y el Agamemnon, y la salva hecha por todos los buques á la vez al presentarse la reina, sin hablar de las maniobras ni del combate naval simulado, patentizaron á todos esa verdad vulgar. El *Times* decía que solo la Inglaterra puede ofrecer á los extranjeros una fiesta parecida, y creo que le sobra razon.

No es esta fiesta, sin embargo, lo que da mas alta idea de la grandeza y de los recursos de la marina británica. Por bellos y acabados que sean esos buques, no son otra cosa, que el resultado de algo mucho mas grande y hermoso, segun se expresa Javier Raimond, uno de los redactores del *Diario de los Debates*; algo que les ha dado la vida y que les dará sucesores cuando desaparezcan los frágiles materiales de que se componen.

Este algo es la misma Inglaterra, es la vida moral que la sostiene, es su espíritu conservador y progresivo á la vez, que le permite renovar ó reformarlo todo sin destruir nada, y que aplicado á su marina la ha obligado á modificarse, corregirse y perfeccionarse sin mas sacrificio que el de un poco de dinero. *Chi dura vince*: quien porfia vence: la perseverancia es la primera condicion de todo progreso. Diganlo sino los pueblos de raza latina y en particular, los descendientes de España en el Nuevo Mundo: cuatro gatos rabones picados de la tarántula, que ni saben lo que quieren, ni opinan hoy como ayer ni atesoran el caudal de las dolorosas esperiencias pasadas, ni.... en fin, no quiero agraviar á nadie, ni agraviarle á mí mismo; —pero de veras nos falta la *cola* de los ingleses. Cada uno puede traducir esa cola como mejor le parezca; yo por mi parte digo respecto de mi país y de mis paisanos:

¡Ah! por temor de alguna carambola
Tapó sus..... infortunios con la cola!

XII.

PALAS, PICOS Y AZADONES—CIEN MILLONES.

Me agradan los contrastes y cuando se presenta la ocasion me gusta examinarlos de cerca.

Cuatro dias hacia que la Inglaterra habia ofrecido á sus régios huéspedes el espectáculo imponente de la revista de Spithead; y todavia me encontraba bajo el imperio de las impresiones recibidas entonces, cuando mi sagrado carácter de corresponsal de un periódico chileno (no la curiosidad ni la fragilidad humana personificada en una encantadora y rubia francesita de ojos azules), me obligó á ir á los Campos Eliseos la noche del 15 de agosto.

Esa noche vivirá eternamente en mi memoria... El golpe de vista era soberbio, magnífico, sublime! No hay palabras que lo describan dignamente. Aquello era un encantado palacio de las *Mil y una noches*, construido con amatistas, topacios y rubies. La fachada de las Tullerías, la plaza de la Concordia, la gran calle de los Campos Eliseos paralela al arco de la Estrella, resplandecian como un ascua de oro. Arcos triunfales, pabellones moriscos, guirnaldas, arañas suspendidas de trecho en trecho, inundaban en un Océano de luz á la inmensa muchedumbre que habia acudido de todo París, de las poblaciones vecinas, de las provincias y del extranjero. Luego, los fuegos artificiales, reflejándose en el Sena y el águila iluminada que se remontó á los cielos envuelta en un millar de chispas centelleantes, elevaron á su último grado, la admiración, el entusiasmo y el alborozo de los espectadores sorprendidos....

Yo iba del brazo con un amigo ó amiga, no me acuerdo bien, y le pregunté con aire imbécil y alelado:

—¿Cuánto ha costado esto?

—Dicen, me contestó sonriendo, que 700,000 francos; pero X... empleado en el hôtel de Ville como vd. sabe, asegura que pasa de millon y medio.

—Las cuentas del gran capitán, murmuré yo entre dientes. Seguro estoy que los ingleses no habrían gastado esa cuantiosa suma en pólvora, aceite, vitriolo y gas; cosas todas que se resuelven en un poco de ruido y humo. ¿Qué quedará de todo esto mañana?

—Quedará un recuerdo delicioso de esta noche, respondíme una voz argentina, dulce como el murmullo de un arroyuelo en un desierto arenal; quedará en todos los que hayan asistido á esta fiesta monumental una idea simpática y noble hacia el pueblo que les ha proporcionado la ocasion de admirar semejante maravilla, y mal que le pese, tendrá que proclamar al pueblo francés, rey del placer, del gusto y la elegancia.

Indudablemente la rubia de ojos azules tenia razon y yo se la di con la mejor voluntad del mundo, añadiendo: —Mañana tambien cuantos, gracias á esta fiesta, podrán decir con Víctor Hugo á la muger que amen:

«Hier la nuit d'éte qui nous prêtait ses voiles
Etait digne de toi, tant elle avait d'étoiles!
Tant son calme était frais, tant son souffle était doux!
Tant elle éteignait bien ses rumeurs apaisées!
Tant elle repandait d'amoureuses rosées
Sur les fleurs et sur nous!»

Y en verdad que no mentirían: el cielo luchando en magnificencia con la tierra, había desplegado al viento su mas rico manto de un azul purísimo, tachonado de radiantes estrellas: la luna llena brillaba en el cenit; y las fuentes cayendo en ondas y cascadas, los árboles y las flores agitando suavemente su ramaje ó entreabriendo sus corolas á los besos del aura errante, despertaban en el alma electrizada, no sé qué pensamientos de embriaguez y voluptuosidad celeste.... ¡Noche divina! con la iluminación, con una botella de *Sillery-mousseux* y..... un libro y un amigo á lo Rioja, bien podía uno esclamar como las mamás cuando dan algo y envían á acostarse á sus importunos cachorros:

«Con esto y un bizcocho
Hasta mañana á las ocho!»

XIII.

¡LA BOLSA Ó LA VIDA!

Cada país tiene ciertas palabras fatídicas, sombrías, horripilantes; palabras que á fuerza de oírse á cada momento, en boca de todos, donde quiera que uno vaya, dentro y fuera de casa, de noche ó de día, acaban por conturbar el ánimo, oprimir el corazón y erizar el cabello del infeliz que las escucha. En Inglaterra goza ese privilegio *mister Shilling* y *lady pound Sterling*.

Desde que uno pisa el suelo de Londres, desde que se vé rodeado por un enjambre de mozos de cordel famélicos, que solo por haber tocado una maleta y acompañar cuatro pasos de motu propio al que la lleva, reclaman luego muy seriamente el pago, se percibe uno que la palabra *gratis* es allí *anti-diluviana*; que no existe sino en el estado fósil, y que si la conoce alguno es por haberla leído en la Biblia, ó por tradición.

Aquella buena gente pide al extranjero shilines y libras esterlinas, como en España se piden reales de vellón y en Francia sueldos. Donde quiera que una va cree que pagando la entrada ha satisfecho todo. ¡Error! Siempre hay varias secciones reservadas, ciertas prerrogativas como la de sentarse, por ejemplo, que vale un *sheling*.

Cada cinco minutos oye uno zumbir en sus oídos como una perdigonada, ó lee lleno de espanto la frase sacramental y asesina *¡one shelling!* que parece ser el santo y seña de aquellos trogloditas, lo mismo en las diversiones que en los bailes, museos y demas establecimientos públicos, y hasta en las iglesias. Siempre hay que pagar y llevar la bolsa en la mano.

Los avances pecuniarios son los que menos agradan: son tan impolíticos, que Maquiavelo decía que á los hombres se les puede injuriar, arrebatarles sus libertades, apalearlos, tomarles (en usufructo) á la muger, matarles al padre ó á los hijos; pero que nunca se les debía meter la mano en los bolsillos; porque es el agravio que mas les llegaba al alma y que jamás perdonan.

Sin participar de la avanzada opinion del célebre italiano, ni agraviar á los ingleses, opino que la carestía de su capital raya en escandalosa y pasa de castaño oscuro. Al cabo de pocos días, anda el viajero como asustado por las calles de Londres y ni aun se atreve á pararse delante de los cristales de una tienda, de miedo que le exijan *one shelling* solo por mirar los objetos contenidos en el escaparate. Cada mercader ambulante de navajas, cada ciudadano roto y súcio que le acomete con un prospecto en ristre, cada barrendero cojo ó manco que le enviste al atravesar una calle, cada blanca vestal que le saluda en *Hay-market* ó en *Picadilly*, cada pobre andrajoso que se le acerca con aire marcial, no bien cae la noche, le parecen un ladrón que le dice á media voz, poniéndole un puñal ó una pistola al pecho: *¡la bolsa ó la vida!*

Sin embargo, no son estos los mas temibles: en Londres como en todas partes, solo pueden quebrantar impunemente el sétimo mandamiento los que están autorizados por la ley, como los mercaderes, los dueños de hoteles, los cocheros, etc. Inútil es añadir que en todos los países acontece lo mismo al extranjero, y que si en Londres resalta mas la poca caridad de los susodichos con el prójimo, es porque siendo un país esencialmente caro y contándose por libras esterlinas, suelen equivocarse en la suma, y como cada libra vale cinco pesos fuertes, por poco que se le deslice la mano al acreedor, paga el misero pagano veinte ó treinta duros mas. Broma pesada y hasta grosera que renovada con frecuencia, irrita la bilis al que sin ser avaro, no tiene las rentas de un lord Penbroke ó de la duquesa de Southerland.

XIV.

PROBLEMA.

Demasiado sé que soplar y sorber, no puede ser. Querer disfrutar por cuatro reales ó poco menos que de valde de todos los gozes y comodidades en una capital como Londres, es tan cándido y pueril como pretender realizar con el ser imperfecto llamado hombre todas las sublimes locuras de los socialistas. Pero de eso á la carestía fabulosa de Londres, donde se vive, se come, se bebe, se respira oro,—hay una distancia inmensa.

Este estado de cosas, engendra como es natural, un gran respeto y consideración al dinero. Ser ó parecer rico es la aspiración, la fiebre, el delirio de los ingleses. Con dinero no habrá barrera que no puedan salvar. Un tal Portman, hombre oscuro que hizo una colosal fortuna construyendo casas, es hoy lord. La aristocracia inglesa sabe así atraerse todos los elementos de influencia y grandeza, que lejos de su esfera podrían volverse contra ella.

También, como una consecuencia necesaria del espuesto, se observa en Londres un fenómeno muy curioso. Todos hasta los pobres, van vestidos de frac ó levita. Prefieren usar un traje raído ó de segunda mano; pero que indique cierta categoría, á gastar la simple blusa del obrero ó el modesto atavío del menestral de otros países. ¿Nace esto de orgullo ó de un loable sentimiento de no querer ser menos que los demás? Se elevan y se honran, ó se humillan y degradan engalanándose con las sobras y desperdicios de sus superiores, sino en inteligencia, en riqueza ó *respectability*..... Problema es este

que no nos atrevemos á resolver. Porque, al fin, de todos modos, mejor ó peor:

«Aunque se vista de seda
La mona mona se queda.»

XV.

EL DEDO EE LA PROVIDENCIA.

Como quiera que sea, vicio ó virtud, en ninguna parte encuentra el pensador y el filósofo, una antítesis social tan chocante como la aristocracia y la plebe inglesa.

El que despues de haber paseado una hermosa tarde de verano por las vastas alamedas de *Hyde-Park* y visto la magnificencia y el lujo de los lores y ladys de la Gran Bretaña, penetre en *Oxford-Street*, y atraviése la callejuela de *Bainbridge*, donde se halla todo un barrio entregado á la miseria y la degradación, y que tal vez por eso llaman irónicamente el *barrio de los irlandeses*; ese podrá formarse una idea aproximada de la profunda llaga social que afea el rostro de la Inglaterra. El pauperismo que la corroe y que se traga la mitad de la savia de su organismo, abate y entristece tanto el ánimo, como le sorprende y admira, el saber, la inteligencia y la riqueza de sus lores. Hay allí un contraste tan horrible y desgarrador, que los ojos se vuelven involuntariamente al cielo como protestando de tamaña iniquidad.

Al lado de los palacios de la opulencia, resalta mas profundo el abismo de la miseria, minotauro insaciable que devora diariamente el reposo y el honor de las familias. Causa pena y compasión ver el número infinito de mugeres perdidas que llenan las calles de Londres desde que la noche tiende su manto protector. Muchas de ellas son todavía niñas.... ¡apenas tienen diez ó doce años!

«*Pauvrete! pauvrete! c'est toi la courtisane.
C'est toi qui dans ce lit a poussé cet enfant
Que la Grece eût jeté sur l'autel de Diane!*»

Tú eres ¡oh pobreza! la infame cortesana,
Tú eres quien al vicio ha entregado ese ángel
Que la Grecia habría puesto al lado de Diana!

Tan bellas, tal aire de candor é inocencia hay en su semblante y en sus miradas, y tan jóvenes son, que cuesta trabajo creer sus propias palabras.

Pura gota de agua que se agita en la rama de un árbol, dice el poeta, perla antes de caer y fango despues de su caída!

*Le faute en est á nous; á toi riche á ton or!
Nuestra es la culpa y tuya ¡oh rico! ¡de tu oro!*

God! cursed gold!.....

¡Oro! ¡oro maldito!.....

El pauperismo y la prostitución, esas dos llagas sociales de la Inglaterra y también de la Francia, aunque en menor escala ¿no serán el resultado de una ley divina, misteriosa é impenetrable, que ha dispuesto que nada aquí abajo sea perfecto, y haya siempre un lado triste, flaco, vulnerable en todas las grandezas y obras de los hombres?...

Por eso, sin duda, el viento emponzoñado de la prostitución marchita y deshoja en flor tantas infelices criaturas que hubieran sido amantes esposas y tiernas madres si la necesidad no las hubiese precipitado en el abismo del mal; por eso, sin duda, millares de los hijos de la nación mas rica del globo emigran ó se mueren de hambre á las puertas de los palacios de sus opulentos lores y banqueros; como en el país mas libre del universo, en la patria de Washington y Franklin, se ejerce á la faz de todos, se fomenta y se sostiene la mas infame y odiosa esclavitud tan elocuentemente revelada al mundo por la pluma sublime de una muger inspirada...

¡Miseria humanidad!

XVI.

COMPENSACIONES.

Como se vé, es bien triste y doloroso el anatema que pesa sobre la sociedad británica, y aunque el espíritu de caridad y filantropía remedia en cuanto es posible sus deplorables consecuencias, aunque en ninguna parte se cuentan tantas asociaciones filantrópicas, hospitales y casas de beneficencia costeadas por suscripciones voluntarias (*supported by a voluntary subscription*), como se lee en letras de oro sobre los pórticos de dichos establecimientos; esos mismos esfuerzos y sacrificios, honrando el carácter, la ilustración y generosidad de las clases superiores, son el cargo mas elocuente, la condenación mas terrible del orden social á cuyos pechos vive y vivirá todavía algunos siglos este cáncer incurable.

Y decimos que vive y vivirá todavía algunos siglos, porque el pueblo inglés, lejos de aborrecer como en otros países á sus explotadores, los respeta, los admira y ama. *Those are our lords*, dicen los mendigos con orgullo al hablar de ellos: *¡esos son nuestros lores!*

Esta servidumbre moral, aceptada voluntariamente, mantiene al pueblo inglés en eterna tutela y no le deja otro recurso que resignarse con su ingrata suerte. Verdad es que la aristocracia, hace con ella menudolas veces de la providencia; y la honra y provecho que resulta al individuo del *common people* de su esforzada, hábil é inteligente dirección en el mundo civilizado, compensa hasta cierto punto su desgracia. El título de ciudadano de la Gran Bretaña, su protección, sus leyes, las tradiciones bebidas en su seno, protegen, amparan, aseguran el bienestar, abren las puertas de la fortuna y crean un nuevo porvenir á los hijos desheredados que ella lanza del otro lado de los mares. Si los arroja del suelo estéril y feudal de la Inglaterra, les da por patrimonio el mundo. Si algunos centenares de infelices sucumben todos los inviernos de necesidad ¡cuántos millares viven esparcidos en todos los puntos del globo, contentos, ricos y felices, bajo la sombra del pabellón británico!

Preciso es confesarlo: ese gran título de ciudadano inglés, mágico y respetado en todas partes, vale tanto, cuando no mas, fuera que dentro de la misma Inglaterra. ¿Qué importa que sus hijos impelidos por el hambre, tengan que huir con

harta frecuencia de esos tres pedacitos de tierra que llaman las islas británicas?

En Europa ó en América, en Asia ó en la Oceanía, están para protegerlos, alimentarlos, enriquecerlos y llenarlos de un noble y legítimo orgullo sus ilustrados representantes, su preponderancia política, sus potentes escuadras, su vasto comercio, sus fábricas monstruosas, sus inmensos capitales, su influencia fecunda y civilizadora! Echemos una ojeada sobre los Estados-Unidos, recordemos lo que eran cuando Penn y sus compañeros pisaron las playas del Nuevo Mundo, y veamos lo que hoy son. Veamos lo que pasa actualmente en la Australia, y al considerar que esos prodigios se han realizado y se realizan con la *hez y la escoria* de la sociedad inglesa, con el auxilio de los desgraciados á quienes niega ella su calor maternal, acaso comprendamos vagamente lo que hay de providencial, de respetable y grande en el pauperismo; y sin penetrar del todo los ocultos designios del Altísimo, inclinemos la frente sin murmurar ante sus fallos inapelables. De aquel agua estancada é infecta, nació esta fuente cristalina y pura; aquel barro engendró este oro; de aquella piedra oscura salió este brillante. El misterioso alquimista autor de estos milagros, no es otro que el infortunio y la pobreza, secundadas por las virtudes y los vicios del pueblo inglés,

«Es ley que con pena el hombre
Su pan coseche en la tierra:
Ni brota el bien que ella encierra
Sin lágrimas de espiciencia.»

Ha dicho un poeta nuestro, digno de mejor suerte: el infatigable y malogrado Rivera Indarte.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

(Se concluirá.)

Las queserías y la fabricacion del queso en Suiza.

La Suiza, ademas de sus bellezas naturales descritas con harta frecuencia, y que atraen tan grande número de viajeros, y ademas de sus instituciones políticas, que la hacen en medio de la Europa monárquica la tierra de la libertad, es también uno de los países mas curiosos de nuestro antiguo mundo, porque es el único en donde se encuentran pueblos enteros de pastores. Los elevados valles de los Alpes estarían desiertos, si la industria humana no hubiese trasladado á ellos numerosos rebaños. El hombre es allí el servidor ó criado del ganado, no tiene mas cuidados ni afanes que velar por su conservación, su alimento y su bienestar; por sus ganados, el montañés va á buscar en las escarpadas cimas, algunas veces con peligro inminente de su vida, el heno perfumado de los Alpes, que baja con penosísimo trabajo al fondo de los valles, para que sirva de provision de reserva durante el invierno; por ellos forma puentes sobre los torrentes; abre con tanta fatiga senderos en las laderas de las montañas, y los guarnece con largas empalizadas para evitar las caídas en los precipicios. Sus constantes tareas consiguen al fin la recompensa, y aquellos áridos desiertos se convierten para él en terrenos fértiles; allí, en donde no puede crecer ninguna planta alimenticia, recoge una producción abundantísima; la leche, que trasformada por su industria, al mismo tiempo que es un artículo de primera necesidad, llega á ser también un medio de comercio y de cambio, y un manantial de riquezas, ó cuando menos de comodidades.

La cantidad de ganado guarda proporcion con la de la yerba que puede consumir ó recogerse. Al ver la estension de las praderas sin limites, desde el fondo de los valles hasta las elevadas cimas, cualquiera creeria que el número de reses podría ser, por decirlo así, ilimitado; pero al observar el afanoso anhelo con que los montañeses de la Suiza procuran apoderarse de los menores pedazos de prado, puede concluirse que la producción de los rebaños llega allí á los últimos limites de lo posible. Los hacen atravesar ventisqueros de difícil acceso para establecerlos en pastos elevados como los del *Stieregg*, por ejemplo, al fondo de la nevera de Grindelwald, ó bien los conducen por sendas sumamente escabrosas, abiertas á pico en las paredes de los peñascos, ó metestas desiertas como las de *Platei* y *Barne-Rousse*, detrás de la aguja de *Vareus* (Saboya), para aprovechar durante algunas semanas la escasa, pero excelente yerba, que el estío hace allí crecer despues del tardío derretimiento de las nieves.

Los *alpes* ó pastos de las montañas pertenecen á los propios de los pueblos ó á particulares. En el primer caso, cada habitante del concejo tiene el derecho de enviar á pastar tantas vacas cuantas pueda mantener, durante el invierno, con el heno de sus propios prados. Los pastores se pagan por el vecindario: el reparto de los quesos se hace, no como antiguamente en razón al número de cabezas de ganado, sino á proporcion de la leche de cada vaca, proporcion calculada por comisionados, los cuales reconocen las vacas en dos épocas diferentes, las ordeñan, y anotan la cantidad de leche que cada una produce. Este método es mas equitativo; sin embargo, el paso del establo al pasto, muchas veces altera la facultad productiva del animal, de una manera que hace variar los primeros cálculos. En ciertas localidades hay empresarios que alquilan por temporada las vacas de varios particulares, y á veces también los prados. En otras, cada familia tiene su quesería y hace su manteca y su queso; entonces toda una población se halla ocupada en un trabajo que pudiera ser desempeñado por un número de brazos mucho menor. Así es que las queserías de Sales (valle de Sixt), ascienden á un centenar, y para construir las ha sido preciso llevar la madera desde muy lejos, pieza por pieza, como tienen que llevar continuamente la leña para calentar la leche. Hasta los niños ayudan á la tarea: trepan por la montaña con haces muy pesados á la espalda, y de ese modo se habían desde muy temprano á un género de trabajo en el que llegan á adquirir fuerzas extraordinarias, que algunos utilizan mas tarde como contrabandistas en ciertas fronteras de la Suiza; pero que otros, en número mucho mas crecido, emplean en París

como mozos de cuerda, con mayor provecho y menos riesgo. Hay montañas que llevan hasta ochenta libras de sal a sitios muy elevados, por senderos escarpados, por los que le sería difícil trepar a un viajero joven y vigoroso.

Este desarrollo de las fuerzas musculares en los montañeses es tanto mas asombroso, cuanto que por lo general su alimento dista mucho de ser suculento, y particularmente el de los pastores de los Altos Alpes parece ser insuficiente. Hay algunos que durante todo el tiempo que el ganado se halla en los pastos, no hacen uso del pan, y solo se alimentan con queso y suero. El queso que forma su principal alimento es el *seret*, especie de cuajada estraida del suero despues de la confeccion del queso. Ese régimen debilitante, y de que solo la idea sería suficiente para producir cólicos a muchos habitantes de las ciudades, no les comunica viveza y animacion, es cierto, pero tampoco les abate completamente, á pesar de una vida tan activa. En los ocho primeros dias de quesería parecen tristes y lánguidos, pero se aclimatan bien pronto, y con la influencia del aire puro y vivificador que respiran, recobran su buen humor y su alegría, grave, no obstante, como su semblante, y como su palabra fuertemente acentuada, y aun con frecuencia de una rudeza tal, que asombra cuando se les oye por primera vez, y no se conoce su carácter dulce y hospitalario.

Los pastores de los Altos Alpes no están mejor alojados que mantenidos: sus queserías no son mas que unas miserables chozas mal cubiertas, en donde se tienden por la noche en un duro camastro, y aun en el tiempo rigido tienen que abandonarle á menudo y salir para vigilar las reses, é impedir que se estravien ó se precipiten desde lo alto de los peñascos. Las queserías situadas en las partes bajas de los valles son mucho mas espaciaosas, y están mejor construidas y amuebladas: ademas del sitio en donde se hace el queso, y de los cuartos en donde duermen los pastores, hay tambien establos y graneros. Los establos, por lo regular, suelen estar separados de la parte principal del edificio: con todo se observa una diferencia muy notable, no solo entre las queserías de los diversos cantones de la Suiza, sino tambien entre las de un mismo valle: desde la choza formada con



Pastores que van á ordeñar las vacas.

piedras sueltas, y con otras planas que la sirven de techumbre, y desde la casita construida con troncos de abeto y alerce sin labrar, colocados unos sobre otros, trabados en los ángulos, con un tejado ancho y bajo cubierto con unas tablas largas y delgadas llamadas *anselles*, que sujetan y aseguran contra los esfuerzos del viento, piedras y piezas de maderas trasversales hasta los espaciosos y elegantes edificios del alto Simmenthal, con techumbre de pizarra.

Por muy penosos que sean los trabajos de las queserías en las localidades en donde una parte de la poblacion masculina acostumbra á emigrar, y particularmente en la Saboya, las mugeres solas son las que algunas veces quedan encargadas de ellos. Sin embargo, esto va siendo ya muy raro, y en algunos puntos ha cesado ya enteramente: citaremos entre otras las queserías de Villi al pie del Buét, y del collado de Anterne, que en el día se hallan á cargo de los hombres. Las duras ocupaciones de aquellas infelices, parecia, segun pudimos juzgar hace algunos años, que no ejercian ninguna influencia perniciosa sobre la salud de las desterradas, y que

to nada tan altamente repugnante ni tan asqueroso. Y sin embargo, esas son las que llaman pastoras de los Alpes! ¡Pobres criaturas! ¡Qué vida de abnegacion deben pasar desde su mas tierna juventud! Si por casualidad han oido decir, que algunas veces se han casado reyes con pastoras, deben encontrarse poco dispuestas á creer en esos juegos del amor y de la fortuna. Sabian muy bien que jamás se casarian mas que con el trabajo y la miseria, y al atravesar esa vida de penalidades, volvian sus esperanzas hacia el cielo, y no conservaban en la tierra mas que la resignacion y la pureza. Se negaron absolutamente á vendernos un poco de leche, porque el amo lo habia prohibido.

Todos los años, al volver la buena estacion, los ganados abandonan su prision, se dirigen alegres á los pastos frescos y aspiran las suaves brisas que descienden de los Alpes mas elevados y desembarazados de nieve: muéstranse impacientes por recorrer las montañas que ya conocen, y en donde se complacen en andar errantes á su libertad. Entonces el dueño vuelve á emprender su vida nómada, ó bien paga un

la aspereza y soledad de aquellas elevadas mesetas, no disminuian su alegría. Eran jóvenes, y á pesar de la emigracion todavia quedaba en Servoz ó en Passy algun mozo que subia de cuando en cuando á darlas noticias de lo que ocurría en el valle. La noche que pasamos en Villi, mis amigos y yo fuimos despertados cerca de la madrugada, por voces de mugeres que cantaban de una manera monótona, acompañadas de un clarinete. Aquellas señoras daban una serenata y la habian prolongado hasta un poco tarde. Las cosas no se presentan siempre bajo un aspecto tan favorable.

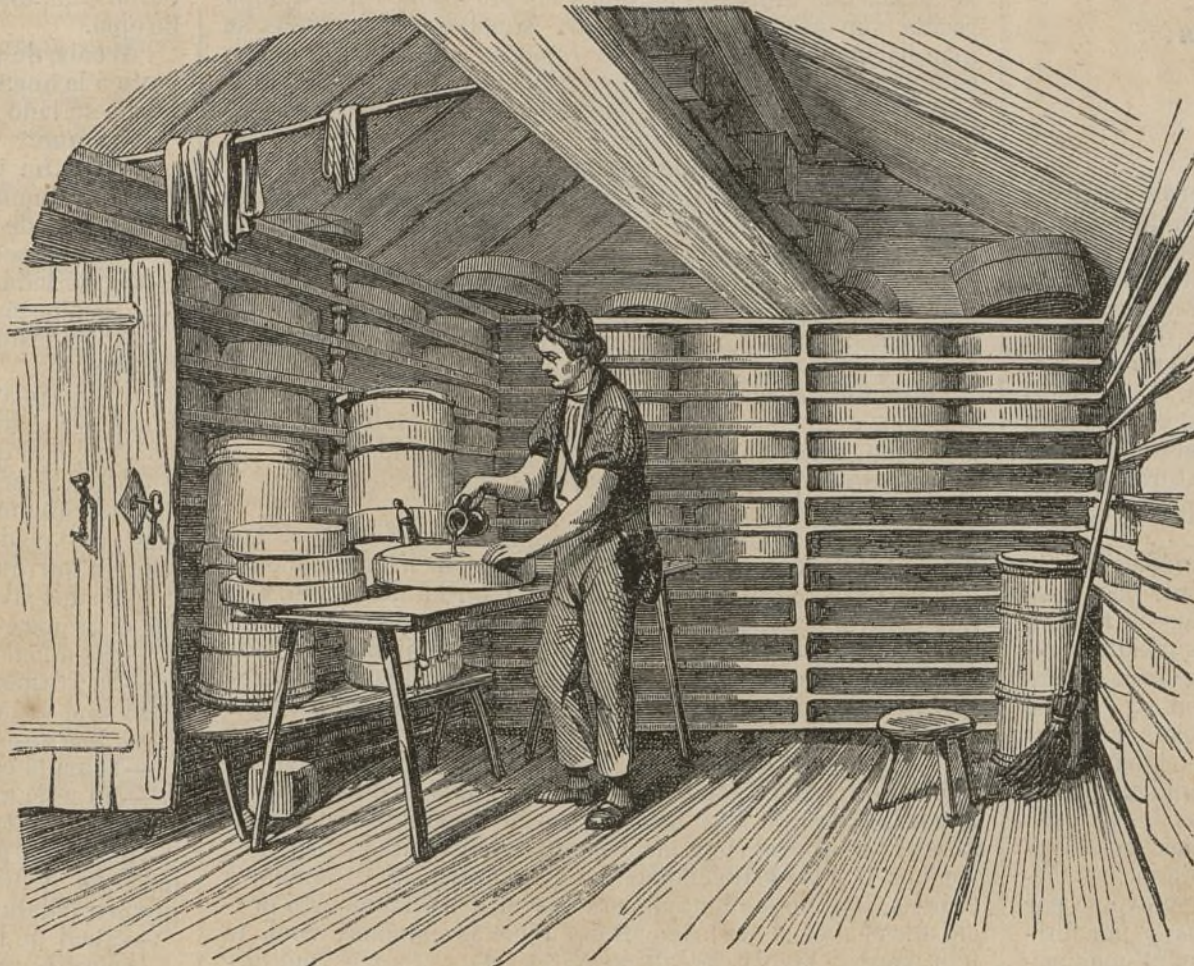
En otra ocasion, sorprendidos por una tempestad en la Valerette, cumbre del Mediodia del Bex, nos refugiáramos en una quesería en la cual se hallaban tres personas ya de edad, feas, y verdaderas brujas de Macbeth: eran unas mugeres porque llevaban el gorrito gracioso de las valesanas, pero casi era permitido dudar de su sexo: tenian unos chalecos y calzones que no es posible describir, y que las llegaban á la rodilla, las piernas estaban desnudas y en los pies usaban galochas: el establo se hallaba cubierto de un fango líquido, que las impedía usar los vestidos propios de su sexo. Jamás he visto



Operación de cocer la leche en la quesería

pastor, que alquila sus servicios por toda la temporada, y que se encamina con las reses a la quesería del año anterior, a la que han sido trasladados de antemano todos los utensilios necesarios para la fabricación del queso, como sellos, vasijas, moldes, calderas, etc. La elección del mayoral es una cosa importante: los friburgueses gozan la reputación de hacer el mejor queso: para cada cincuenta vacas, hay por lo común además del mayoral, un pastor, un ayudante y un muchacho.

Las reses recobran muy luego sus costumbres, y vuelven por sí mismas a la quesería cuando llega la hora de ordeñarlas: en caso de necesidad, los pastores estimulan con su sonora voz a las mas perezosas ó pertinaces. Las ordeñan dos veces al día, y los pastores, con una banquetilla redonda y de un solo pie, se van trasladando con la mayor facilidad de una a otra. La leche que se recoge, se echa ea seguida en una especie de cubo de suelo ancho, para que suba la crema con menos obstáculo si se quiere hacer manteca. Para hacer el queso de Gruyere, se coloca en una gran caldera colgada en medio del hogar en una viga movable, y se eleva a la temperatura de 25° próximamente: en seguida se retira de la lumbre, y para hacer que se cuaje, le añaden, removiéndole en todas direcciones, una pequeña cantidad de agua, en la que durante algunos días, dejan en infusión ciertos ingredientes, que suelen variar, como sal, pimienta, etc., una porción del estómago del becerro llamado *cujar*. La habilidad del que hace el queso de Gruyere, consiste en dirigir bien la precipitación del cuajo. Cuando juzga que la coagulación es completa, divide en todos sentidos la cuajada, y la bate con la mano ó con una rama de abeto, hasta reducirla a pulpa. Durante esta operación, la caldera ha sido puesta otra vez a la lumbre, y se le da al líquido una temperatura de mas de 50°, hecho lo cual se le vuelve a sacar, y se continúa batiéndolo. A poco de concluir, y como dos horas despues de principiada la operación, el queso se depone en el fondo de la caldera. Entonces el mayoral, arrolla en una varita la punta de un gran pedazo de tela, cuyas demas puntas tiene un ayudante, la pasa por debajo de la masa y la saca. Luego la echan en el molde envuelta en la tela, doblando las puntas por debajo, y lo cargan todo con una tabla sobre la que ponen un peso para que sirva de prensa. Por espacio de algunas horas, se da vuelta muchas veces al queso, apretando cada vez mas la tabla, y sometiéndole a una presión continua para desembarazarle de todo el suero que contiene. Al día siguiente se puede ya llevar el queso al almacén, en donde comienza la salazon, operación que dura cerca de dos meses. Todos los días se vuelve y se estiende por encima sal, frotándole con la mano. Se ha calculado que la cantidad de sal absorbida es de cuatro á



Colocacion de los quesos en el molde.

cuatro y medio por ciento, y que se necesitan 12 ó 16 litros, ó sean seis u ocho azumbres de leche, para hacer algo mas de dos libras de queso de Gruyere: de siete y media á nueve para la otra clase de queso.

En cuanto al suero, residuo de la cuajada, la industria sabe sacar de él todavía las últimas partículas caseosas, empleando una mezcla mas fuerte compuesta de la misma manera que la primera, pero á la cual se añade suero agrio, acedera, ciruelas silvestres, etc. El producto de esta segunda operación, que se obtiene en una hora, es lo que se llama *serac* ó *seret*, queso blanco, alimento habitual de los que hacen el queso. Despues de esto, el suero se depura todo lo posible, y sirve para alimentar á los cerdos que andan al derredor de la quesería.

Hay varias clases de quesos: el menos bueno de todos es el que se fabrica con la leche de que se ha sacado la crema para hacer la manteca. El de la segunda se hace con la leche ordeñada últimamente, y con la otra de que se ha estraido la crema. Por último, el mejor es el que se forma con la leche pura; algunos, aunque pocos, suelen hacerle con leche de la recién ordeñada, á la cual añaden la crema de la leche sacada anteriormente. Los procedimientos varían un poco

según la clase de queso que se fabrica. Además de los quesos de Gruyere, objeto principal de la fabricación en las queserías, se hacen también otras muchas especies: el *grateron* del valle de Sixt es uno de los mejores: es una pasta de Gruyere pero mucho mas apretada, y que se obtiene calentando mas la leche: se consume mucho en París, como también del de cabra.

Al concluir la estación, el queso nuevo aparece ya en los mercados: en Vevey, que es uno de ellos, se vende de diez á doce cuartos la libra al por menor. En Megeve y en Sallanches se vende á diez cuartos, aunque es muy inferior al primero. En 1782, según el viajero Coxe, valía á cinco cuartos. A pesar de la abundancia de ese producto, su precio continúa subido en los valles en donde se fabrica: así es, que la manteca se vende á catorce cuartos en Sallanches, mas cara que en la misma Ginebra.

El queso, bien fabricado y conservado en sitios convenientes, puede durar indefinidamente. Mr. Gamoud, anotador de Coxe, dice haber comido queso de sesenta años en casa del cura de Lauterbrunn. El cura de Ferden, aldea situada al pie del Altels en el valle de Lœstchen, nos sirvió un día uno, que según decía, tenía cien años. Aun cuando hubiera sido sorprendida la buena fé de los bondadosos curas, resultaría que la edad de aquellos quesos era muy respetable, y que en los pobres valles de los Alpes, siempre es en casa de los curas y de los vicarios en donde se encuentran los mejores manjares.

El mayoral, concluida la estación, entrega los quesos á sus dueños, y regresa á su casa á pasar el invierno, llevando por fruto de sus penosas tareas durante tres meses, de sesenta á cien francos: el ayudante recibe la mitad, y el muchacho una docena de francos. Hace algunos años, las ocho mujeres que trabajaban en las queserías de Villi, no percibían en los dos meses y medio, mas que veinte cuartos por cada cabeza, con la manutención y casa, y para eso tenían que hacer el queso y cuidar el ganado. No podía dárseles menos.

La última operación, la de bajar los quesos desde los graneros de los altos Alpes, reúne á todos los miembros activos de la familia del propietario, y en un hermoso día de otoño, espárce la animación final en las soledades de los Alpes, que van á cubrirse de nieve bien pronto. En aquella circunstancia, el montañés hace uso de la fuerza que ha adquirido. Se le ve marchar con paso firme y mesurado, con el enorme peso que abrumba sus hombros. Desgraciado entonces del viajero retrasado y demasiado delicado que se ve obligado á seguir el mismo camino que aquellas mudanzas de domicilio!... El espectáculo que se le presenta á la vista todavía tiene la gracia de la cabaña, «pero las brisas que respira no se hallan embalsamadas con el perfume de los pinos.»



Mercado de quesos.

Una historia de bandidos.

I.

Voy á referir una escena de bandidos: si quereis seguirme á la Calabria Citerior, trepad conmigo á la cima de los Apeninos, y desde ella vereis, hácia la parte de la izquierda á Cosenza, á la derecha Santo Lucido, y delante de vos, á la distancia de unos mil pasos, en las faldas ó vertientes de la misma montaña, un camino escarpado é iluminado en este momento por muchas hogueras en derredor de las cuales se agrupan algunos hombres armados. Esos hombres van persiguiendo al bandido Jacomo con el cual acaban de cambiar un gran número de tiros de fusil; pero habiendo cerrado ya la noche, no se han atrevido á aventurarse en su persecucion, y aguardan que aparezca el dia para registrar la montaña.

Ahora, bajad la cabeza y dirigid la vista inmediatamente debajo de vosotros, á quince pies de profundidad, poco mas ó menos, sobre esa meseta tan rodeada de peñascos rojizos, de verdes y frondosas encinas, y de alcornoques pálidos y raquíticos, que es preciso dominarla, como lo hacemos, para adivinar que existe: en ella distinguireis, primero, cuatro hombres que se ocupan en los preparativos de la cena, encendiendo la lumbré y desollando un cordero: luego otros cuatro que juegan á la *morra* (1), con tanta rapidez que no podeis seguir el movimiento de sus dedos: otros dos que están de centinela, tan inmóviles, que los tomariais por fragmentos de rocas á que la casualidad hubiese dado formas humanas: una muger sentada que no se atreve á moverse por no despertar á un niño que tiene en sus brazos; y por último, un poco apartado, un bandido que arroja las últimas paletadas de tierra, en un hoyo recién abierto.

Ese bandido es Jacomo: esa muger es su querida, y esos hombres que hacen la guardia y que preparan la cena, son lo que él llama *su gavilla*: el que reposa en ese sepulcro es Hieronimo, segundo del capitán, á quien una bala acaba de ahorrarle el subir al patíbulo ya levantado para Antonio, segundo teniente, que ha cometido la necedad de dejarse prender.

Y pues que ya conoceis los hombres y la localidad, dejadme decir.

Cuando Jacomo hubo concluido la obra funeraria, dejó escapar de sus manos la azada de que se habia servido, se arrodilló sobre aquella tierra fresca, en la cual se introdujeron sus rodillas como si fuese en arena. Asi permaneció cerca de un cuarto de hora, inmóvil y orando: luego, sacó de su pecho un corazon de plata colgado á su cuello con una cinta encarnada y adornado con una imagen de la Virgen y del niño Jesus, le besó piadosamente como debe hacerlo un bandido honrado: despues, se levantó con mucha lentitud, y cruzando los brazos fué á apoyarse en la base del peñasco, cuya cima dominaba la meseta que ya hemos descrito.

Jacomo habia ejecutado aquel movimiento con tanto silencio y tristeza, que ninguno le habia oido dirigirse al puesto que ocupaba. Parece que aquella falta de vigilancia le desagradó como contraria á las leyes de una rigida disciplina, porque despues de mirar á los que le rodeaban, frunció el entrecejo, y su ancha boca se entreabrió para proferir la blasfemia mas abominable con que bandido alguno haya espantado al cielo:

—*Sangue di Cristo...*

Los que despedazaban el cordero se levantaron como si hubiesen recibido un palo en los riñones: los que jugaban se quedaron con las manos en el aire, los centinelas se volvieron tan espontáneamente que se encontraron uno enfrente de otro: la muger se estremeció, y el niño lloró.

Jacomo dió una fuerte patada en el suelo, y dijo:

—*Maria, haz callar á ese niño.*

Maria abrió rápidamente su justillo ó corsé de color de escarlata bordado de oro, y aproximando á los labios de su hijo el redondo y moreno pecho que forma la belleza de las romanas, se inclinó sobre él, y le rodeó con sus dos brazos como para protegerle. El niño tomó el pecho y calló.

Jacomo pareció satisfecho de aquellas muestras de obediencia, su rostro perdió la severa espresion que le habia oscurecido por un instante, para tomar un carácter profundamente triste: luego hizo seña con la mano á su gente, de que podia continuar.

—*Hemos concluido de jugar, dijeron unos.*

—*El carnero ya está asado, dijeron los otros.*

—*Está muy bien, respondió Jacomo; pues entonces cenad.*

—*¿Y vos, capitán?*

—*¿Yo no cenaré?*

—*Ni yo tampoco, dijo la muger con voz dulce.*

—*¿Y por qué, Maria?*

—*Porque no tengo hambre.*

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con tono tan bajo y tan tímido, que el bandido pareció enternecerse en cuanto su naturaleza se lo permitia: dejó caer su cortada mano hasta la altura de la cabeza de su querida, que la tomó é imprimió en ella sus labios.

—*Eres una buena muchacha, Maria.*

—*Os amo, Jacomo.*

—*Vamos, no seas necia, ven á cenar.*

Maria obedeció, y los dos fueron á ocupar su asiento en la esterilla de paja que servia de mantel, y sobre la cual se hallaban preparados los trozos de carne que los bandidos habian asado ensartándolos en la baqueta de una carabina, queso de cabra, avellanas, pan y vino.

Jacomo sacó de la vaina de su puñal un tenedor y un cuchillo de plata que dió á Maria: pero él no tomó mas que una taza de agua pura que fué á recoger en un manantial inmediato: porque el temor de ser envenenado por los aldeanos, que eran los únicos que podian suministrarle vino, le habia hecho renunciar desde mucho tiempo antes á aquella bebida.

Entonces cada uno puso manos á la obra, escepto los dos centinelas, que de cuando en cuando volvian la cabeza y

lanzaban una espresiva mirada á las provisiones que desaparecian con asombrosa celeridad. Aquellos movimientos se iban haciendo mas frecuentes y rápidos, á medida que avanzaba la cena, de tal suerte que al finalizar aquella, mas bien parecian encargados de vigilar la comida de sus camaradas que el vivac de sus enemigos.

Durante todo aquel tiempo Jacomo estaba triste, y se conocia que tenia el corazon lleno de recuerdos: de repente pareció no poder resistir ya á ellos, se pasó a mano por la frente, exhaló un suspiro y dijo:

—*Es preciso que os cuente una historia, muchachos! También podeis aproximarnos vosotros, añadió dirigiéndose á los centinelas: á esta hora no se atreverán á venir hasta aqui, y por otra parte nos creen todavia dos.*

Los centinelas no se hicieron repetir dos veces aquella invitacion, y su cooperacion volvió á dar un poco de actividad á la cena, que comenzaba á ser un poco lánguida.

—*¿Quereis que yo vaya á ocupar su puesto? dijo Maria.*

—*Gracias; no hay necesidad.*

Maria deslizó tímidamente su mano en la de Jacomo. Los que habian concluido de cenar se colocaron en las posiciones que les parecieron mas cómodas para oír la narracion. Los que todavia cenaban, acercaron á su lado cuantas provisiones pudieran alcanzar, para no tener que pedir nada, y cada uno prestó atento oído á la siguiente relacion, con el interés con que generalmente escuchan una historia los hombres que llevan una vida errante.

Era el año 1799: los franceses habian tomado á Nápoles y habian formado de él una república: la república quiso á su vez tomar la Calabria. ¡*Per Baccho!* tomar la montaña á los montañeses! no era cosa muy fácil, especialmente para los paganos. Muchas bandas la defendian, como nosotros la defendemos todavia, porque la montaña es nuestra, y habian puesto precio á las cabezas de los gefes de aquellas bandas, como le han puesto á la mia: la cabeza de Cesaris, valia tres mil ducados napolitanos.

Una noche, en cuya tarde se habian oido algunos fusilazos, como nosotros los hemos oido no hace muchas horas, dos pastorcillos que apacentaban sus ganados en la montaña de Tarsia, cenaban junto á la lumbré, que mas bien que para calentarse, habian encendido para ahuyentar los lobos: eran dos jóvenes muy hermosos; dos verdaderos calabreses, medio desnudos, que no llevaban mas vestido que una piel de carnero á la cintura, sandalias en los pies, y una cinta para llevar pendiente al cuello la imagen del niño Jesus. Eran poco mas ó menos de una misma edad: ni uno ni otro conocian á sus padres, puesto que habian sido espuestos á tres dias de distancia, el uno en Tarento y el otro en Reggio, lo que probaba al menos que no eran de la misma familia. Unos aldeanos de Tarsia los habian recogido y los llamaban generalmente los hijos de la Madona (1) comóse denominaba á los espósitos. Sus nombres de bautismo era Cherubino y Celestini.

Aquellos niños se amaban porque su aislamiento era el mismo. Los que les habian recogido, no les habian dejado ignorar que era por caridad, y con la esperanza de ganar el paraíso, por lo que habian ejecutado aquella buena accion: sabian tambien que nada tenian sobre la tierra, y se amaban mucho mas.

Vivian, pues, como os acabo de decir, guardando sus rebaños en la montaña, comiendo el mismo pan, bebiendo en la misma taza, contando las estrellas del cielo, sin cuidados, y dichosos, como si la tierra de los ricos fuese la suya.

De repente oyeron ruido detrás de sí y se volvieron, un hombre de pie, y apoyado en su carabina, los miraba comer.

Si, era un hombre, y su traje daba á conocer su profesion. Tenia un largo sombrero calabrés, lleno de cintas blancas y encarnadas, y otra de terciopelo negro con hebilla de oro: cañale largos cabellos por cada lado del rostro: llevaba el cuello desnudo, un chaleco con botones de hilillo de plata trenzado como los que se hacen en Nápoles; una chaqueta de cuyos ojales pendian dos pañuelos atados por una de sus puntas: ambos eran de seda, de color encarnado, y los llevaba metidos en los bolsillos: ademas se le veia una *padromina* (canana), llena de cartuchos y cerrada con una placa de plata: los calzones eran de pana azul, y las medias las sujetaba una correa que estaban unidas á las sandalias. En todos sus dedos brillaban sortijas, en los bolsillos se descubrian relojes, y en el cinto llevaba dos pistolas y cuchillo de monte.

Los dos jóvenes se dirigieron una mirada rápida como un relámpago, la cual advirtió el bandido.

—*¿Me conoceis? les dijo.*

—*No, le contestaron.*

—*Pues que me conozcais ó no, me importa muy poco: los hombres de la montaña son hermanos, y deben contar unos con otros: así, yo confío en vosotros. Desde ayer me persiguen como á una fiera, y tengo hambre y sed.*

—*Aqui teneis pan y agua, le dijeron los pastorcillos. El bandido se sentó, apoyó la carabina en su muslo, armó ó preparó sus dos pistolas, y puso manos ó la obra.*

Cuando hubo concluido, se levantó.

—*¿Cómo se llama esa aldea en que se vé aquella luz? dijo á los niños, señalando con la mano hácia el sitio mas sombrío del horizonte.*

Los jóvenes fijaron por espacio de algunos segundos sus penetrantes miradas hácia el punto que les indicaba, le aislaron colocándose la mano por encima de los ojos, y luego comenzaron á reir porque creian que se burlaba de ellos.

Volviéronse para decirselo, pero el bandido habia desaparecido. Entonces comprendieron que habia empleado aquel ardido para que no viesan porque lado se retiraba.

Los niños se sentaron otra vez; y despues de algunos instantes de silencio se miraron simultáneamente.

—*¿Le has conocido? dijo el uno.*

—*Si, le respondió el otro.*

Estas palabras las pronunciaron en voz baja como si temiesen ser oídos.

—*Teme que le hagamos traicion.*

—*Se ha marchado sin decir nada.*

—*No debe estar muy lejos.*

—*No, estaba muy cansado.*

—*Si yo quisiese le encontraria á pesar de todas sus precauciones.*

—*Y yo tambien.*

Los dos jóvenes no dijeron mas, pero se levantaron y par-

tieron cada uno por su lado, como dos lebreles ó galgos en un ojeo.

Al cabo de un cuarto de hora, Cherubino estaba de vuelta junto á la hoguera, y cinco minutos despues Celestini se sentaba á su lado.

—*¿Y qué?*

—*Yo le he encontrado.*

—*Y yo tambien.*

—*Detrás de una mata.*

—*En el hueco de un peñasco.*

—*¿Qué habia á su derecha?*

—*Un aloe en flor; ¿y qué tenia en la mano?*

—*Unas pistolas preparadas.*

—*Eso es.*

—*¿Y dormia?*

—*Como si todos los ángeles velasen sobre él.*

—*Tres mil ducados... tantos como estrellas tiene el cielo.*

—*Cada ducado tiene diez carlinos, y nosotros ganamos uno de estos últimos cada mes: así es, que aun cuando viviésemos tanto como el viejo Giuseppe, jamás llegaríamos a ganar los tres mil ducados.*

Los dos jóvenes callaron algunos minutos, y Cherubino fué el primero que rompió el silencio.

—*¿Es difícil matar á un hombre? dijo.*

—*No; respondió Celestini: el hombre es como el carnero; tiene una vena en el cuello y no hay mas que cortarla.*

—*¿Has observado á Cesaris?*

—*Tenia el cuello descubierto, ¿no es verdad?*

—*No seria muy difícil...*

—*No, con tal que el cuchillo corte bien.*

Los niños pasaron cada uno la mano por el filo de la hoja del suyo, y luego se levantaron y se miraron uno á otro sin proferir palabra alguna.

—*¿Cuál de los dos dará el golpe? dijo Cherubino.*

Celestini recogió algunas piedrecitas y le presentó el puño cerrado.

—*Par ó non.*

—*Par.*

—*Son impares: á tí te toca.*

Cherubino partió sin decir una palabra: Celestini le miró alejarse en la direccion en que sabia estaba acostado Cesaris, y cuando le perdió de vista se entretuvo en ir arrojando las piedrecillas á la hoguera ya medio apagada. Al cabo de unos diez minutos vió volver á Cherubino.

—*Y bien, ¿qué has hecho?*

—*No me he atrevido.*

—*¿Y por qué?*

—*Porque dormia con los ojos abiertos, y me pareció que me miraba.*

—*Vamos allá juntos.*

Marcharon corriendo, pero no tardaron en aflojar el paso, y aun en andar en puntillas; por último, se tendieron boca abajo y fueron á rastra como las serpientes hasta llegar á la mata ó zarzal; allí levantaron la cabeza, se introdujeron entre las ramas, y vieron que el bandido dormia en la misma postura en que le habian dejado.

Entonces el uno se dirigió por su derecha, y el otro por su izquierda bajo la bóveda que le cubria: cuando estuvieron cerca de él los dos niños se incorporaron, pusieron una rodilla en tierra y se colocaron el cuchillo en la boca sujetándole con los dientes. El bandido, al parecer, estaba despierto, pues sus rasgados ojos se hallaban abiertos, solo que tenia la pupila inmóvil.

Celestini hizo una seña con la mano á Cherubino para que siguiese todos sus movimientos. El bandido, antes de dormirse habia apoyado su carabina en una de las paredes del peñasco, y cubierto la llave con uno de sus pañuelos de seda. Celestini desató con suavidad el pañuelo, le estendió por encima de la cabeza de Cesaris, y viendo que Cherubino estaba pronto, le dejó caer diciendo:

—*Anda.*

Cherubino se precipitó como un tigre sobre el cuello del bandido, el cual se puso en pie ensangrentado, dió algunas vueltas con la cabeza caída hácia atrás, disparó las dos pistolas al azar y cayó muerto.

Los dos jóvenes estaban tendidos boca abajo, casi sin respirar.

Cuando vieron que el bandido habia concluido de moverse, se levantaron y acercaron á él. La cabeza solo estaba sostenida por la columna vertebral, acabaron de separarla del tronco, la envolvieron en el pañuelo de seda, y despues de haber convenido en llevarla á ratos partieron para Nápoles.

Caminaron toda la noche por la montaña, guiándose por el mar que veian brillar á su izquierda. Al rayar el dia divisaron á Castro-Villari, pero no se atrevieron á atravesar por la poblacion, temerosos de que la sangre no denunciase lo que llevaban, y de que algun bandido de los de la cuadrilla de Cesaris vengase en ellos la muerte de su gefe.

Sin embargo, como el hambre los acosaba, uno de ellos resolvió ir á buscar pan á una posada, mientras el otro le aguardaba en la montaña; pero en cuanto dió algunos pasos se volvió.

—*¿Y el dinero? dijo.*

Llevaban una cabeza que valia tres mil ducados, y ni uno ni otro tenian un bayocco para comprar pan.

El que llevaba la cabeza desató el pañuelo y le dió á su compañero, quien media hora despues regresó con provisiones para tres dias.

Comieron y prosiguieron su camino.

Marcharon dos dias seguidos, y por las noches se tendieron como animales silvestres al abrigo de una mata, ó en el hueco de un peñasco.

La tarde del tercer dia llegaron á una aldea llamada Altavilla.

La posada estaba llena de cocheros que habian conducido viajeros á Pestum, de barqueros que habian sabido por el Sele, y de lazzaroni á quienes les era igual vivir allí ó en otra parte.

Los dos jóvenes se colocaron en un rincon que encontraron desocupado, pusieron la cabeza de Cesaris entre ambos, cenaron mejor que nunca, durmieron alternativamente, pagaron, y antes de amanecer se pusieron en marcha.

Hácia las nueve de la mañana avistaron una ciudad, situada en el centro de un golfo: preguntaron cómo se llamaba y les dijeron que Nápoles.

Ya no tenian que temer á los compañeros de Cesaris, y

(1) Juego que consiste en presentar la mano con suma rapidez, con un número de dedos siempre diferente, abiertos ó cerrados. Para ganar, es preciso adivinar el número de los dedos abiertos.

(1) *Figli della Madona*

se encaminaron directamente á la ciudad. Cuando llegaron al puente de la Magdalena se acercaron á un centinela francés, y le preguntaron en calabrés á quién debían dirigirse para que les pagasen la cabeza de Cesarís.

El centinela los escuchó con gravedad hasta el fin, luego reflexionó un instante, se pasó la mano por el bigote y dijo para sí:

—Es extraordinario: esos pilluelos apenas me llegan á la cartuchera, y ya hablan el italiano. Está muy bien, amiguitos, pasad adelante.

Los niños, que á su vez nada comprendían, repitieron la pregunta.

—Parece que insisten, dijo el centinela, y llamó al sargento.

Este, que aunque mal, pronunciaba algunas palabras del italiano, comprendió la pregunta, adivinó que el pañuelo ensangrentado que llevaba Celestini contenía una cabeza, y llamó á su oficial, el cual dió á los niños dos hombres de escolta, que los condujeron al palacio del ministerio de la policía.

Los soldados dijeron que traían la cabeza de Cesarís, y todas las puertas les fueron abiertas.

El ministro quiso ver á los valientes que habían librado á la Calabria de su azote, é hicieron entrar en su despacho á Cherubino y Celestini.

Durante un largo rato estuvo mirando á aquellos dos hermosos niños de candoroso rostro, aire grave y trage pintoresco. Les preguntó como se habían manejado, y le refirieron su arrojó como si fuese la cosa mas sencilla del mundo. Les exigió la prueba de lo que decían, y Celestini puso una rodilla en tierra, desató el pañuelo, asió la cabeza por los cabellos y la colocó tranquilamente sobre el bufete del ministro.

No había, pues, nada que responder, sino pagar la suma. Sin embargo, su escelencia al verlos tan jóvenes, los propuso entrar en un colegio ó servir en un regimiento, porque el gobierno francés, dijo, necesitaba hombres valientes y decididos.

Le contestaron que las necesidades del gobierno francés no les concernían: que eran calabreses leales que no sabían leer ni escribir, ni esperaban tampoco aprender: que la vida agreste que profesaban no los hacía á propósito para la vida militar, y que se conceptuaban con pocas disposiciones para el ejercicio y las maniobras; pero que en cuanto á los tres mil ducados eso ya era otra cosa, y que estaban prontos á recibirlos.

El ministro les dió un pedazo de papel como de dos dedos de ancho, llamó á un portero y mandó los llevase á la caja.

El cajero contó la suma: los niños estendieron el pañuelo de seda, todavía ensangrentado, pusieron en él los tres mil ducados, le ataron por las cuatro puntas, salieron por una puerta que daba á la plaza de San Francisco-Nuevo, y se encontraron al extremo de la espaciosa calle de Toledo.

Esa calle es el palacio del pueblo: á lo largo de los edificios una multitud de lazzaroni tendidos al sol, llevaban voluptuosamente los macaroni desde sus cazuelas de barro hasta sus labios ennegrecidos. Aquella vista les abrió el apetito: compraron una cazuela llena de macaroni, dieron un ducado, y los volvieron nueve carlinos, nueve granos y dos calli (4). Con lo que les volvieron tenían para vivir mes y medio de la misma manera.

Fueron á sentarse en las gradas del palacio Maddaloni, y allí comieron con una suntuosidad de que no tenían idea.

En la calle de Toledo se come, se duerme y se juega. Todavía no tenían ganas de dormir, y como ya habían comido se reunieron á un grupo de lazzaroni que jugaban á la morra.

Al cabo de cinco horas habían perdido tres calli.

Perdiendo la misma cantidad cada día hubieran podido jugar una tercera parte de la eternidad, poco mas ó menos.

Afortunadamente aquella misma tarde supieron que en Nápoles había casas en donde se podía gastar un ducado en la comida, y perder millares de calli en una hora.

Como querían cenar se hicieron conducir á una de aquellas casas en donde había mesa redonda. El patron al ver su trage comenzó á reírse, pero le enseñaron su dinero y entonces los saludó inclinándose casi hasta el suelo, y los dió que los servirían en su cuarto, hasta que sus escelencias se mandasen hacer unos vestidos decentes que les permitiesen comer con los demas huéspedes.

Cherubino y Celestini se miraron: sabían demasiado bien lo que el patron quería decir con sus vestidos decentes: su trage les pareció de muy buen gusto, porque en efecto, se componía de una hermosa piel de carnero arrollada por la cintura como ya hemos dicho, y de buenas abarcas atadas á los pies con unos bramantes; el resto del cuerpo le llevaban desnudo, lo cual les parecía mas cómodo y menos caliente. Sin embargo, se resignaron cuando les explicaron que era necesario un vestido completo para tener el derecho de gastar un ducado en la comida, y de perder millares de calli en una hora.

Mientras ponían la mesa entró en su cuarto un sastre y les preguntó qué clase de vestido querían.

Respondieronle que puesto que el vestido era de necesidad indispensable, querían cada uno un trage calabrés, igual al que los jóvenes ricos llevaban los domingos en Cosenza y Tarento.

El sastre les dió á entender que aquello era para él suficiente, y añadió que sus escelencias tendrían lo que apetecían al día siguiente por la mañana.

Cenaron sus escelencias y les pareció que el ravioli y el sambajone valían mas que los macaroni; que el lacryma Christi era preferible al agua pura, y que el pan de flor se tragaba mejor que el de centeno.

Cuando concluyeron, preguntaron al mozo si les seria permitido acostarse en el suelo, y el criado les enseñó entonces dos alcobas con sus camas, que se les habían figurado dos capillas.

Celestini, que era el tesorero, colocó el pañuelo y los ducados en una especie de escritorio, tomó la llave y se la colgó en la cinta que llevaba al cuello.

Después hicieron devotamente oración á la Virgen, besaron su escapulario, se acostaron cada uno en su cama, en la que podían colocarse cinco cómodamente, y se durmieron hasta que fué de día. El sastre cumplió puntualmente su palabra, y como ya tenían un vestido completo, aquel día pudieron comer en la mesa general y entrar en el salon del juego, en el cual perdieron ciento veinte ducados.

(4) El ducado vale diez carlinos, un carlino diez granos, y un grano doce calli.

Un mozo de la fonda, para consolarlos, les propuso el llevarles por la noche á una casa en donde se divertirían mucho mas.

Cuando llegó la hora se llenaron los bolsillos de ducados y siguieron al mozo: no regresaron á la fonda hasta el día siguiente por la mañana, muertos de hambre y con los bolsillos vacíos.

Aquella era una vida muy buena: habían conservado con cuidado las señas de la casa en donde tan perfectamente se pasaba la noche, y les gustaba lo que allí se hacía, casi tanto como la mesa y el juego. Volvieron, pues, á la noche siguiente.

Así transcurrió su existencia durante quince días, en cuyo tiempo se trasformaron de tal manera, que hubieran podido hacer frente á un abate romano, ó á un subteniente francés, que casi viene á ser lo mismo.

Una noche acudieron á la casa como tenían de costumbre; pero la encontraron cerrada de orden superior, por no sé qué asesinato que habían cometido en ella.

Vieron mucha gente que llevaba la misma direccion, y la siguieron. Algunos minutos después se encontraron junto á la Villa-Reale en la magnífica calle de la Chiaja, que no conocían todavía.

La Chiaja, á las diez de la noche, es el punto de reunion de la clase mas elevada de Nápoles, que acude á respirar allí la fresca brisa del golfo, cargada del perfume de los naranjos de Sorrento y de los jazmines de Pausilippo. Allí hay mas fuentes y estatuas que en el resto de la tierra; y mas allá de aquellas fuentes y de aquellas estatuas, se descubre un mar como no se vé en ninguna otra parte.

Paseábanse, pues, por allí nuestros dos aventureros, dando con el codo á las mugeres y atropellando á los hombres, con una mano puesta sobre su dinero y la otra en su puñal.

Así llegaron junto á un grupo que se había formado en frente de un café, donde se encontraron con cierto truhan de profesion, que al advertir su extraño porte, y creyéndolos forasteros, les propuso cordialmente llevarlos á una casa de reunion, donde mediante la suma de quinientos escudos cada uno, podían disfrutar una noche de encanto y de placer. Aceptaron Cherubino y Celestini la proposición; pero como ya no les quedaba mas que aquella suma, se retiraron á la fonda después de tomar las señas de la casa, y jugando á una partida de *ecarté* quien había de divertirse aquella noche, favoreció la suerte á Cherubino.

Este salió en seguida á su aventura, y al cabo de dos horas empleadas en hacer antesalas y ser juguete del bribon que les engañara, cansado ya de tanto esperar en balde, salió de aquella casa contentándose con dar una puñalada á la persona que tan infamemente le había estafado. En seguida regresó á la fonda de Venecia, y comenzó á mover á Celestini que dormía como un bienaventurado: éste se sentó sobre la cama, se restregó los ojos y le miró.

—¿Qué traes? le dijo.

—Nada.

—¿Pues entonces, por qué me despiertas?

—Porque no tenemos ni un bajocco, y es necesario partir antes de amanecer.

Celestini se levantó: los dos jóvenes salieron de la fonda como tenían costumbre de hacerlo, y nadie pensó en detenerlos.

A la una de la mañana habían pasado el puente de la Magdalena, y á las cinco estaban en la montaña.

Entonces se detuvieron.

—¿Qué vamos á hacer? dijo Celestini.

—No lo sé: ¿piensas por ventura volver á la majada?

—No por cierto.

—Pues bien, hagámonos bandidos.

Los dos jóvenes se dieron la mano, y se juraron auxilio y amistad eternos. Cumplieron santamente su promesa, porque desde ese día no se han separado.

Me equivoco, dijo Jacomo, interrumpiendo su narración y mirando al sepulcro de Hieronimo: se han separado hace una hora.

(Se continuará).

Don Leandro Fernandez de Moratin.



Los despojos de una de nuestras primeras glorias literarias, sepultados en una nacion estraña, descansan hoy en el suelo de su nacimiento. El día 12 del presente mes se verificó con grande solemnidad, la conduccion de los restos mortales de don Leandro Fernandez de Moratin, acompañados de los del marqués de Valdegamas, desde el cementerio de la puerta de Bilbao á la iglesia de San Isidro.

Todas las corporaciones civiles y militares pagaron á esta solemnidad su tributo de asistencia. El primer carro fúnebre contenía las cenizas de Moratin, encerradas en una caja

de terciopelo carmesí, sobre la cual se veían el libro y la pluma, ambos atributos cubiertos con una magnífica corona de laurel. Llevaban las cintas del féretro el Excmo. señor don Francisco Martinez de la Rosa, director de la Academia Española; el poeta dramático don Manuel Breton de los Herberos, secretario de dicha corporacion; el general Zarco del Valle, en representacion de la Academia de la Historia, y el señor Silvela, magistrado del Supremo Tribunal.

Precedía al séquito un piquete de la Guardia Civil de caballería, los pobres de las casas de beneficencia y el clero de la parroquia de San Marcos, y cerraban el cortejo, los oficiales de la guarnicion y empleados de las secretarías, el ayuntamiento, las academias y corporaciones literarias, los escritores y actores dramáticos, y un infinito número de convidados, entre los cuales iban los ministros vestidos de gran de uniforme.

Detrás del acompañamiento iba un gran número de coches lujosamente ataviados, incluso los carruages de ceremonia de S. M.

La concurrencia que quiso presenciar la fúnebre ceremonia llenó las principales calles de la coronada villa.

Reloj de Munster.

La siguiente lámina representa un reloj, cuyo modelo existe en Munster.

Cumplenos advertir que nos hemos tomado la libertad de sustituir el cuadrante central, que en el modelo corresponde á Munster, con el de París, porque en casi todos los diccionarios y tratados de geografía se establece como base para los cálculos de longitud, el meridiano de aquella última capital.

A fin de evitar confusiones, nos apresuramos á manifestar que nuestro grabado únicamente representa las horas que han de señalar los cuadrantes al pasar sus capitales respectivas por el meridiano de París, *á partir cabalmente del momento en que esta última pasa por el meridiano*.

La tabla núm. 1 contiene todos los datos explicativos de la lámina en cuestion.

Pasemos ahora á suministrar algunos pormenores cosmográficos á nuestros lectores, para facilitar la solucion del siguiente problema:

Siendo las doce del día en París, ¿qué hora será en Madrid, Argel, Roma, etc.

Pruebas muy concluyentes han puesto fuera de duda la redondez de la tierra; dato importantísimo para la mensura de las dimensiones de nuestro planeta, que ha permitido á los geógrafos el dividirlo en 360 partes iguales, denominadas grados.

El grado (°) consta de 60 minutos (60'), y el minuto de 60 segundos (60").

Si damos una ojeada á un mapa-mundi, veremos trazados en su superficie muchos círculos, cuyo uso es muy frecuente, pues nos procuran los medios para conocer las respectivas distancias de los lugares entre sí, y las posiciones del sol, segun la época del año.

La bóveda celeste corresponde en todas sus partes con la superficie de la tierra, por manera que todos los círculos trazados en nuestro globo terráqueo, son correspondientes con otros semejantes, que imaginariamente dividen el cielo.

Enumeraremos los mas principales.

El Ecuador, llamado también línea *equinoccial*, porque cuando el sol se encuentra en dicha línea son iguales los días y las noches, es un círculo que divide la tierra en dos *hemisferios* (mitades de esfera), denominados el uno *boreal* y el otro *austral*.

Los meridianos son unos grandes círculos que van de polo á polo: se les ha dado este nombre, porque sus correspondientes en la bóveda celeste pasan por el punto en que se encuentra el sol, cuando es mediodía para el lugar que se halla bajo un meridiano dado.—Dividen la tierra en dos *hemisferios*, el uno *oriental* y el otro *occidental*.

Del Ecuador á los polos median dos intervalos, que forman cada uno de por sí la 4.^a parte de la circunferencia entera, los cuales están divididos respectivamente en 90 grados, á los que corresponden otros tantos círculos, conocidos con el nombre de *paralelos* al Ecuador.

Entre *paralelo* y *paralelo* hay un espacio dividido en minutos y segundos.—Por medio de todos estos diferentes círculos, alcanzamos á precisar la posicion de los lugares de la tierra.

Con el Ecuador y sus *paralelos* hallamos la *latitud* de un lugar, y con los meridianos su *longitud*.

La *latitud* es la distancia de un lugar al Ecuador. Por sí sola no alcanza á determinar fijamente la posicion de un punto dado, pues los paralelos dan la vuelta al globo.

Mas como la *longitud* es la distancia de un lugar al *meridiano convenido*, conocida esta y la *latitud*, el problema queda resuelto.

Un ejemplo:

Madrid está á los 40° 53' lat. N.: este dato no basta por sí solo para que podamos indicar el punto preciso en que se encuentra nuestra capital; menester es averiguar su longitud, respecto de un *meridiano convenido*.

Sea este meridiano el de París: tendremos, pues, que la longitud de Madrid es de 5° 53' al Oeste del meridiano de París.

Por consiguiente, si tomamos una carta geográfica de Europa, buscando el paralelo 40° 53' N., por el punto mismo en que lo secciona el meridiano convenido, y contando 5° 53' hácia el Oeste, encontraremos el lugar correspondiente á Madrid.

Antes de pasar mas adelante, conviene advertir que la latitud y la longitud son nulas, la primera en el Ecuador y la segunda en toda la estension del *meridiano convenido*: esta última no ha de escender de 180 grados.

Ocupémonos ya de la solucion del problema que motivó estos cortos pormenores.

Siendo las doce del día en París ¿qué hora será, por ejemplo, en Madrid?

El momento del medio día varia segun la posicion de los lugares. Esto se comprende fácilmente.

El sol iluminará primeramente, de dos lugares, aquel que sea mas oriental; por lo tanto, para dicho lugar el astro diurno llegará mas pronto que para el otro al medio de su carrera aparente.

La tierra cumple su revolución en 24 horas: los geógrafos, como dejamos dicho, dividen su circunferencia en 360 grados; luego a cada hora corresponden 15 grados, ó lo que es lo mismo, 4 minutos por grado recorrido.

Demostración.

$$360^{\circ} : 24^h = 15^{\circ}$$

$$24^h \times 60' = 1440' : 360 = 4'$$

Este cálculo nos permite, pues, dejar como bien sentado y de todo punto evidente que, para dos lugares distantes 15° uno de otro, la diferencia de sus *medios días* será de una hora, esto es, que cuando sea *medio día* en el mas oriental de los dos, serán las once de la mañana en el otro.

Sea Z. el lugar que se encuentre á 15 grados *longitud Oeste* del meridiano de París.

Multiplíquese la longitud por 4, que son los minutos en que la tierra recorre un grado; réstese el producto resultante de la hora del medio día de París, y la diferencia espresará lo que se busca.

Demostración.

$$15^{\circ} \times 4 = 60' : 60 = 1^h$$

hora de París. . . 12

Hora de Z. . . 11

Aplicaremos este cálculo á Madrid, cuya longitud es de 5° 35' al O. de París.

$$5^{\circ} 35' \times 4 = 25' 52''$$

Hora de París las 12.

Hora de Madrid. . . 11^h 56' 28" del día.

Otro ejemplo.

Calcuta está á los 86° 8' long. al E. de París. Se desea saber qué hora señalará su cuadrante cuando es medio día en París.

$$86^{\circ} 8' \times 4 = 3^h 44'$$

Hora de París. . . 12

17^h 44'

ó lo que es lo mismo, las 5 y 44 minutos de la tarde.

Nuestros lectores habrán notado que en el primer caso hemos restado, al paso que en el segundo hemos recurrido á la suma.

La razón es muy sencilla. La longitud de Madrid es occidental respecto del meridiano de París, por consiguiente, iluminando el sol primero á este último punto, es claro que cuando aquí sea medio día, para Madrid el astro diurno no habrá llegado al medio de su carrera aparente.

Por el contrario, la longitud de Calcuta es oriental respecto del meridiano convenido, lo cual indica que ese lugar ve primero el sol que París, y que por lo tanto, cuando en París el cuadrante señale las 12 del día, el de Calcuta indicará que el sol se ha adelantado mucho hácia su ocaso.

Luego la longitud E. exi-

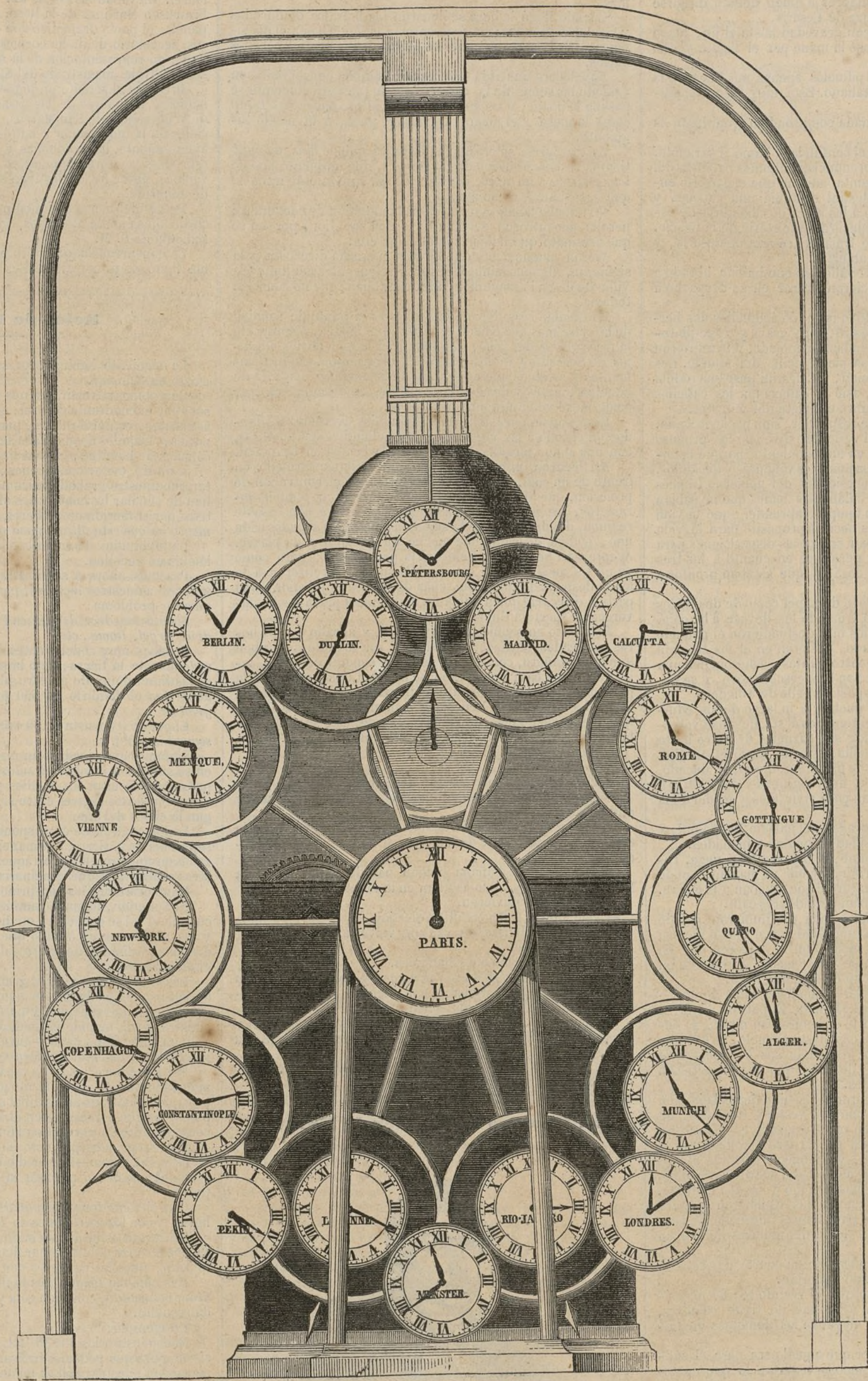
Número 1. Tabla de las horas que han de señalar los cuadrantes al pasar sus respectivas capitales por el meridiano convenido.

Capitales.	Longitud.	Diferencia.	Horas.	Capitales.	Longitud.	Diferencia.	Horas.
París.....	0	»	»	Rio Janeiro....	45° 5' O+3	» 20'	3 h. » 20''
Madrid.....	5° 33' O+»	23' 32''	12 h. 23' 32''	Munster.....	5° 46' E+»	21' 4''	11 h. 38' 56''
S. Petersburgo.	27° 58' E+1	38' 32''	10 h. 21' 28''	Pekin.....	114° 7' E+7	36' 28''	4 h. 23' 32''
Calcuta.....	86° 8' E+5	44' 32''	6 h. 15' 28''	Constantinopla.	26° 35' E+1	46' 20''	10 h. 53' 40''
Roma.....	40° 8' E+»	40' 32''	11 h. 49' 28''	Copenhague....	10° 14' E+»	40' 56''	11 h. 49' 4''
Gottinga....	7° 33' E+»	30' 12''	11 h. 29' 48''	New-York.....	76° 48' O+5	5' 42''	5 h. 5' 42''
Quito.....	81° 5' O+5	27' 40''	5 h. 27' 40''	Viena.....	14° 2' E+»	56' 8''	11 h. 3' 52''
Argel.....	» 44' E+»	2' 56''	11 h. 57' 4''	Méjico.....	101° 25' O+6	45' 40''	6 h. 45' 40''
Munich.....	9° 44' E+»	36' 56''	11 h. 23' 4''	Berlin.....	11° 22' E+»	45' 28''	11 h. 14' 32''
Londres.....	2° 26' O+»	9' 44''	12 h. 9' 44''	Dublin.....	8° 39' O+»	34' 36''	12 h. 34' 36''

Número 2. Tabla que indica la hora que es en diferentes puntos del globo cuando es medio día en París.

Capitales.	Longitud.	Diferencia.	Horas.	Capitales.	Longitud.	Diferencia.	Horas.
París.....	0	»	»	Rio Janeiro....	45° 5' O-3	» 20'	8 h. 59' 40''
Madrid.....	5° 33' O-»	23' 32''	11 h. 36' 28''	Munster.....	5° 46' E+»	21' 4''	12 h. 21' 4''
S. Petersburgo.	27° 58' E+1	38' 32''	1 h. 38' 32''	Pekin.....	114° 7' E+7	36' 28''	4 h. 36' 28''
Calcuta.....	86° 8' E+5	44' 32''	5 h. 44' 32''	Constantinopla.	26° 35' E+1	46' 20''	7 h. 46' 20''
Roma.....	40° 8' E+»	40' 32''	12 h. 40' 32''	Copenhague....	10° 14' E+»	40' 56''	12 h. 40' 56''
Gottinga....	7° 33' E+»	30' 12''	12 h. 30' 12''	New-York.....	76° 48' O-5	5' 42''	6 h. 54' 48''
Quito.....	81° 5' O-5	27' 40''	6 h. 32' 20''	Viena.....	14° 2' E+»	56' 8''	12 h. 56' 8''
Argel.....	» 44' E+»	2' 56''	12 h. 2' 56''	Méjico.....	101° 25' O-6	45' 40''	5 h. 23' 20''
Munich.....	9° 44' E+»	36' 56''	12 h. 36' 56''	Berlin.....	11° 22' E+»	45' 28''	12 h. 45' 28''
Londres.....	2° 26' O-»	9' 44''	11 h. 50' 56''	Dublin.....	8° 39' O-»	34' 36''	11 h. 25' 24''

MELLADO, EDITOR.—ESTAB. TIPOG., CALLE DE STA. TERESA, NUM. 8.



Reloj de Munster que indica las horas en las principales poblaciones del globo, con referencia al meridiano de París.

ge el signo + (mas), y longitud O. el signo - (menos). Véase la tabla número 2.

Hay aun otro método mucho mas sencillo que el precedente para resolver el problema de las horas; empero es defectuoso, porque no siempre reúne las condiciones necesarias el instrumento que se emplea.

El instrumento á que nos referimos es la esfera, que figura el globo terráqueo.

Cuando se echa mano de la esfera para averiguar la hora que será en un país cualquiera, siendo medio día en París, en Madrid, Roma, etc., se colocará bajo el meridiano el lugar en que se supone son las 12; en seguida se fija el horario del cuadrante que rodea el polo de la esfera en la hora del medio día. Hecho esto, se dará vuelta al globo hasta que el lugar, cuya hora se desea conocer, caiga bajo el meridiano; entonces la aguja del cuadrante indicará la hora, la cual corresponderá á la mañana si la longitud es occidental, y á la tarde si oriental, pues en el primer caso la vuelta dada al globo habrá sido en dirección á Oriente, y en el segundo á Occidente.

Terminaremos dando la esplicacion de la tabla número 1.

Comparadas las dos tablas, advertirán nuestros lectores que los signos + y - de una se encuentran invertidos en la otra.

En la 1.ª, Madrid, por ejemplo, tiene su longitud afectada con el signo +, y en la 2.ª con el de -, bien que dicha longitud sea occidental respecto del meridiano convenido.

Esta inversion de los signos está justificada con decir que en la tabla núm. 2 se indica la hora que es en un lugar dado, cuando en París son las 12 del día, al paso que en la tabla núm. 1 solo se trata de indicar á qué hora ha de pasar por el meridiano de París un lugar cualquiera, á partir del momento en que París mismo pasa por el meridiano.

En efecto, cuando en París es medio día, son en Madrid las 11 56' 28" de la mañana; por consiguiente, al pasar por el meridiano convenido, su cuadrante debe señalar las 12, 25' 52".

Demostración.

L. de Madrid al O. de París 5° 35' $\times 4 = 25' 52''$

Hora de París las 12.

Hora en que Madrid pasará por el meridiano convenido 12^h 25' 52"

En suma:

Para saber la hora que es en un lugar dado, cuando son las doce del día en París, si la longitud es oriental se suman los resultados, y se restan cuando es occidental: lo contrario se hace cuando se trata de saber á qué hora pasará un lugar por el meridiano convenido de París.